

Cerco a la República — José Antonio Suárez

## Prólogo

Los pueblos que ignoran su historia no tienen pasado. Ni futuro.

Pocos años después de la proclamación de la Tercera República en España, la convulsa situación del país lo abocó a una crisis cuyas consecuencias nadie fue capaz de prever. La firma con Cataluña y Euskadi del pacto de Olot, que cerraba el proceso autonómico a cambio de un sistema confederal para ambos territorios, despertó la desconfianza en sectores de la política y el Ejército. Las tensiones sobre el modelo de Estado causaron una profunda escisión en el seno del partido socialista, en el poder tras la instauración de la República. Manuel Sajardo, antigua mano derecha de Duarte —el actual Jefe del Estado—, debilitó los apoyos con que contaba el Gobierno, al fundar un nuevo partido de izquierdas llamado

*Renovación Socialista*, cuya visión sobre la organización territorial del Estado se acercaba a la de la derecha.

Aprovechando la debilidad del Gobierno, un grupo de generales, capitaneados por Montoro, conspiraron para derribar a la República y anular los acuerdos firmados con los nacionalistas. Con la complicidad de la emblemática base militar El Goloso, los militares ocuparon las calles de Madrid y asaltaron el Congreso. Una veintena de diputados nacionalistas fueron sacados del hemiciclo y trasladados a Alcalá de Henares para ser fusilados. Pese a que los golpistas también atacaron el palacio de la Zarzuela, el presidente Duarte logró escapar a tiempo.

El Gobierno lanzó una contraofensiva que obligó a los rebeldes a abandonar Madrid y retroceder hasta Andalucía, donde la rebelión se hizo fuerte, contando con el apoyo de la comunidad valenciana y los Estados Unidos, país que antes de estallar el conflicto fue obligado a dismantelar sus bases en Morón y Rota por el gobierno republicano.

Diversos errores en el bando rebelde, unidos a la intención del general Montoro de llegar a un acuerdo para evitar que el conflicto degenerase en otra guerra civil, causaron una división entre los insurrectos, que la República utilizó en su beneficio. Sin embargo, los signos de fractura dentro de ésta no se hicieron esperar. Por un lado, las exigencias independentistas del lendakari, que aprovechó la crisis para sacar ventaja. Por otro, las diferencias en el seno del partido socialista, encabezadas por Ledesma, su secretario general, que rivalizaba con el presidente Duarte por el control del aparato del partido, y que a sus espaldas organizó unos comandos paramilitares, los *guardianes de la República*, que ejecutaron a cualquier sospechoso de haber colaborado con el bando rebelde.

La Unión Europea se vio impotente de adoptar una resolución conjunta en apoyo a la República. Las ejecuciones de civiles perpetradas por uno y otro bando fueron el prelude de un terrible conflicto que empujó a España al borde del abismo, y que se saldó con un frágil acuerdo de paz, por el que los rebeldes deponían las armas a cambio de impunidad y una

reforma constitucional que desterrase a los partidos nacionalistas al Senado.

Los ciudadanos pagaban así un alto precio para volver a vivir en paz.

El precio del miedo.

# CAPÍTULO 1

## I

En el curso de una vida te equivocas muchas veces; tropiezas, caes, continúas caminando y procuras estar más atento para esquivar el siguiente obstáculo. Dicen que un experto es aquel que ha cometido todos los errores posibles en su parcela de conocimiento. En ese sentido, Maeso se consideraba un sabio. Intentó hasta el último momento evitar un conflicto armado que fracturase el país, y fracasó. La guerra se había cobrado en España miles de víctimas, abriendo profundas heridas que tardarían años en cicatrizar, si es que sanaban alguna vez. Como presidente del Gobierno de la Tercera República, estaba obligado a prever el conflicto, pero no supo anticiparse a los planes de los golpistas, que sumieron a España en el caos. Las fuerzas de seguridad del Estado se vieron incapaces de frenar a los rebeldes, que tomaron como rehenes a los diputados del Congreso y al Gobierno en pleno, a excepción del presidente de la República, que se quedó en la Zarzuela a seguir el debate por televisión.

Una ausencia que la derecha no había parado de recordar desde el final de la guerra. La prensa que controlaba la oposición, aficionada a las teorías conspiratorias, acusaba a Duarte, el presidente de la República, de haber fraguado un autogolpe para consolidar su poder en la cúspide del Estado, prescindir de los partidos nacionalistas que llevaban condicionando la política nacional desde hacía décadas, y aprovechar para quitarse de encima a Ledesma, su principal contrincante dentro del partido socialista.

Maeso no daba crédito a aquellas historias delirantes, pero comprendía a sus autores. Duarte no dimitió tras el final de la guerra, como exigían los golpistas; muy al contrario, amenazó con presentarse a un nuevo mandato y nadie en el partido se atrevió a discutir su liderazgo, por temor a que los tiempos de inestabilidad regresasen a España. Apenas habían transcurrido seis meses desde el cese de las hostilidades y el peligro de una involución no se había disipado. La ley de amnistía, recientemente aprobada por las Cortes, intentaba recuperar la concordia y apaciguar a los militares, decretando la impunidad de los delitos cometidos durante la guerra.

Una impunidad que beneficiaba a ambos bandos. Ledesma, antiguo secretario general del partido socialista, acababa de salir de la cárcel y ya no tendría que rendir cuentas a la justicia por organizar escuadrones que asesinaron a decenas de sospechosos de colaborar con los golpistas. A pesar de haber recobrado su libertad, Ledesma era un cadáver político, un apestado; nadie en el partido quería tratos con él, aunque en el fondo, muchos apoyasen su modo de actuar. Pero la política es un juego de espejos, en el que la imagen es lo más importante, y el reflejo de Ledesma se había roto. Su carrera había acabado y ya no era una amenaza para Duarte, que de ese modo consolidaba su dominio en el partido socialista.

O eso creía.

Maeso fue avisado por su secretario de que tenía visita en la antesala. Se preguntó si hacía bien recibiendo a Manuel Sajardo en la Moncloa, después de lo que había pasado. Sajardo fue en el pasado la mano derecha de Duarte, hasta que las disputas por el modo en que el presidente de la República orientaba sus reformas, empujaron a Sajardo a fundar su propio partido. Antes del golpe, Maeso y Sajardo se entrevistaron en una cafetería cercana al Santiago Bernabéu. Maeso intentó advertirle del peligro que corría, pero Sajardo no le hizo caso.

Tras iniciar los rebeldes las hostilidades contra la República, Sajardo aceptó ser presidente del gobierno golpista. No habría dado ese paso si, poco antes, su esposa no hubiera sido asesinada por pistoleros enviados por Ledesma.

Maeso pagó cara su entrevista con Sajardo, y tuvo que soportar acusaciones de estar al tanto de las maquinaciones de los golpistas; pero bueno, eran gajes del oficio. Duarte era ahora quien aguantaba el grueso de aquella basura, propagada por quienes deseaban verlo caer para ocupar su lugar.

Por primera vez desde el final de la guerra, Maeso accedía a entrevistarse con Sajardo. Y lo hacía en el palacio de la Moncloa.

Tras meditarlo mucho, decidió que si se reunía con él, no sería a hurtadillas en una cafetería de mala muerte. Sajardo ya había sido perdonado por la República, era un ciudadano con los mismos derechos que cualquiera, y a pesar de todo seguía siendo su amigo. Podía confiar en él porque decía lo que pensaba; era claro, transparente, a veces demasiado, y ese era un punto débil, porque lo hacía previsible. Duarte no tenía ese problema: su capacidad para sorprender tanto a su propio partido como a la oposición era ilimitada.

Superada cierta etapa de la vida, Maeso empezaba a encajar mal las sorpresas. La madurez nos vuelve acomodatícios porque la carga de nuestra experiencia, construida a través de los ensayos y errores acumulados, nos enseña adónde conducen los experimentos mal diseñados. Ya había vivido demasiadas emociones en los últimos meses y no quería sufrir ninguna más. Su capacidad de aguante al frente del gobierno tenía un límite, y no había dejado el poder porque no era su estilo abandonar cuando más le necesitaba su país. Él no era un cobarde, afrontaba las dificultades de cara. En eso, Sajardo y él se parecían mucho.

Por eso le seguía apreciando. Y por eso le recibía en su despacho, pese a que su visita no pasaría desapercibida a Duarte, quien profesaba hacia su antiguo camarada de partido un rescoldo de odio, que la guerra había contribuido a avivar.

Sajardo entró a su despacho y cerró la puerta tras de sí. La guerra le había arrancado de cuajo un puñado de años; la pérdida de su esposa le había cambiado, pero una vez que el secretario de Maeso los dejó solos, ambos se abrazaron como si llevaran lustros sin verse. El presidente del Gobierno le ofreció el sofá del tresillo y tomó asiento en uno de los sillones.

—Me alegra mucho que me hayas concedido unos minutos de tu tiempo —dijo Sajardo—. Si hubieras rechazado recibirme, lo habría entendido.

—Todos nos equivocamos, pero de los errores se aprende.

—Sí, bueno, unos más que otros —Sajardo se removió en el sofá—. Ya sabes a quién me refiero.

—Mi relación con Duarte se ha enfriado últimamente —admitió Maeso, adivinando qué trataba de insinuar—. Supongo que lo sabes.

—Por eso estoy aquí. Oye, ¿este despacho es seguro?

—La seguridad absoluta no existe. Pero si te tranquiliza saberlo, al acabar la guerra renové al personal y los sistemas de privacidad dentro de la Moncloa. Técnicos de mi confianza revisan a diario tanto la red informática como las dependencias del palacio, para evitar intrusos.

—Esta es la república de Duarte. Un lugar en el que ni su presidente del Gobierno puede conversar tranquilamente con un amigo.

—Pudo haber sido una república mejor si tú hubieras arrimado el hombro y no hubieses tirado piedras al tejado.

Sajardo sonrió. Su rostro se relajó visiblemente:

—Hemos mantenido esta conversación otras veces, ¿verdad?

—Palabra por palabra.

—¿Y en otras ocasiones sacamos algo en claro, Julián?

Maeso se frotó la barbilla:

—No, que recuerde.

—El partido socialista sigue dividido, y yo no soy el causante. Tu gobierno aún no ha pagado un precio político por lo que sucedió, y me parece que ya es hora de asumir responsabilidades.

—¿Quieres que me vaya de la Moncloa?

—Claro que no, Julián. Quiero que Duarte se vaya de la Zarzuela. Él es el origen de todo; hizo promesas a los nacionalistas que no podía cumplir, para seguir en el poder unos años más; llevó a la República a la bancarrota y con su demagogia barata se granjeó al enemigo más poderoso del globo. ¿Qué hemos ganado echando a los americanos de

Morón y Rota? Por Dios, ¿no se ha enterado ese cretino que estamos dentro de la OTAN y que la Alianza dispone de instalaciones en nuestro país?

—Eso podría cambiar —dijo Maeso, sombrío.

Sajardo alzó una ceja de genuina sorpresa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo hará oficial en breve, aunque te ruego que no lo divulgues: Duarte quiere que se convoque un referéndum para sacar a España de la OTAN.

—Vaya, una jugada inesperada —murmuró Sajardo—. Muy propia de él, distraer la atención de los problemas reales para buscar un enemigo al que demonizar.

—Argumenta que Washington maneja la Alianza a su antojo, y que después de lo que hemos vivido, no podemos tolerar que una potencia hostil utilice nuestras propias instalaciones militares. Nuestros socios europeos tampoco nos ayudaron mucho cuando hizo falta. En fin, tras la caída de la Unión Soviética, pertenecer a la OTAN es un lastre para las arcas públicas que nuestra nación no puede permitirse.

—¿Y tú compartes ese discurso?

Maeso se encogió de hombros.

—Estados Unidos apoyó a los rebeldes para destruir a la República.

—Pero la guerra terminó.

—No gracias a ellos. Y por cierto, sí hemos tenido que pagar un precio político: la ley de amnistía. No todos han aceptado que demos carpetazo de esa manera, pero es un mal menor si queremos seguir viviendo en paz.

—Sacar a España de la OTAN es una pésima estrategia, Julián.

—La idea del referéndum no fue mía. Ya sabes lo aficionado que es el presidente de la República a las consultas populares conflictivas.

—Sí, recuerdo perfectamente el pacto de Olot —dijo Sajardo—. Y lo que nos hizo el embajador Bowen, que ahora es director de la CIA para el Mediterráneo occidental. Tenerlo cerca de nosotros no nos aventura nada bueno.

—¿Qué quieres decir?

—Preferiría no especular sobre ese tema.



—Manolo, ya que has empezado, termina lo que ibas a decir.

—Está bien —concedió Sajardo—. La OTAN intervino militarmente en Serbia para imponer la secesión de Kosovo, y eso que la guerra de los Balcanes había acabado hacía tiempo. Mientras sigamos dentro de la Alianza estaremos a salvo de una maniobra semejante, pero si Duarte nos saca de la OTAN, tal vez en un futuro no muy lejano podrían bombardear Madrid para obligarnos a aceptar la secesión de Cataluña y el País Vasco.

—España y los Balcanes no son comparables. Dudo que se atrevan a...

—Julián, estuviste al frente del Gobierno durante la guerra; sabes de qué son capaces mejor que yo.

Maeso suspiró hondo:

—Reconozco que estoy harto de Duarte. Pero si lo repites fuera de esta habitación, lo negaré.

—Tienes miedo de él.

—No, solo he dicho que estoy harto.

—¿Vas tirar la toalla?

—Hasta que la situación se estabilice, seguiré en mi puesto.

—De modo que has considerado la idea.

—Varias veces. Por mí lo hubiera dejado en cuanto terminó la guerra, pero el estado del país era catastrófico; no podía irme.

—He oído que vuestros apuros económicos están en vías de solución —pronunció Sajardo con una media sonrisa.

—Lo importante es que los funcionarios vuelvan a cobrar sus nóminas. Incluido el Ejército. No queremos darle más excusas para rebelarse.

—¿Aunque eso suponga ir a buscar el dinero al infierno?

—¿Desde cuándo crees que existe el infierno? —rió Maeso.

—Desde que vi los tanques salir a las calles hace seis meses. Mira, Julián, admito que me equivoqué aceptando el cargo que me ofrecía el general Montoro. Ese gobierno paralelo que creamos en Sevilla no tenía futuro, y la derecha lo sabía. Nos tendieron una trampa.

Maeso asintió. Su amigo había venido a la Moncloa a confirmar de primera mano los rumores sobre sus desavenencias con Duarte. Una toma preliminar de pulso de cara a futuros encuentros, donde le expondría sus ideas claramente. Conociendo a Sajardo, no tardaría mucho en descubrir sus cartas.

Pero no le gustaba ese tono de censura por el modo con que estaban saneando las cuentas públicas. Es muy fácil criticar la labor del Gobierno cuando se está en la oposición, mientras los funcionarios, que llevaban meses sin cobrar, convocan huelgas que podrían paralizar el país. Lejos de ayudar económicamente a España para salir del bache, la Unión Europea amenazaba con expulsar a la República de la zona euro si no reducía su abultado déficit público. La mano negra de Washington, representada en la Unión por el Reino Unido, era demasiado evidente para ser negada.

La historia se repetía; ya en el siglo pasado, la Segunda República había sido abandonada a su suerte por los estados europeos, que se negaron a financiarla para que pusiese coto a los rebeldes. Consideraron que encerraba una amenaza revolucionaria que podía extenderse al resto del continente, así que la república de Azaña fue aislada por sus pares europeos, mientras el ejército de Franco recibía ayuda de las potencias fascistas.

¿Qué temían ahora de la Tercera República? ¿Acaso no era España un estado de Derecho que respetaba sus compromisos internacionales? ¿Había anunciado la expropiación de las tierras, la incautación de las fábricas, la socialización de la economía? ¿Qué había hecho la República al resto de Europa? Nada. Entonces, ¿qué temían de ella? Quizá fuese su postura crítica hacia la estructura militar levantada durante la guerra fría, un anacronismo que pervivía décadas después de que desapareciese el enemigo que justificó su creación. Europa no sería dueña de su destino hasta que no contase con un sistema propio de defensa, sin un tutor desde el otro lado del Atlántico que le indicase en qué conflictos debía participar. Tras el 11 de septiembre, el concepto de guerra preventiva había cobrado un significado tenebroso que podía conducir a Occidente a destruir países enteros, basándose en

temores y sospechas cuya justificación se buscaba o fabricaba *a posteriori*. El miedo puede empujarnos a cometer asesinatos en masa en nombre de la seguridad y la libertad. Pero una sociedad con miedo no es enteramente libre; Maeso lo sabía por experiencia, había tenido que firmar la ley de amnistía con un nudo en el estómago, consciente de las críticas a que tendría que enfrentarse; consciente de que sin esa ley, la paz no habría sido posible.

Se había pagado el precio del miedo para salvar la democracia en España. Solo esperaba que fuese el último y definitivo pago.

## II

Regresar a la redacción de su antiguo periódico con Martín como jefe había sido muy duro para Javier Valero. Su breve periplo en el diario ultraconservador *El nacional* le convenció de que no era su sitio. Brizuela, uno de los redactores de aquel periódico, había sido acusado del asesinato de Joana y, sin embargo, pasó menos de tres meses en la cárcel, gracias a la ley de amnistía aprobada por la República. Brizuela optó por no regresar a su puesto y nadie sabía a qué se dedicaba ahora; probablemente estaba escondido, a la espera de que las aguas se serenasen. Pese al ominoso perdón concedido por las Cortes, algunos implicados en la trama golpista habían aparecido muertos en los últimos meses. Brizuela tenía motivos para desaparecer una temporada.

Javier no descansaría hasta atraparlo. No le importaba el tiempo que tardase, le haría pagar por los crímenes que la República no quería castigar. Brizuela fue secuestrado durante la guerra, pero Joana lo liberó de su cautiverio. Pensando que estaba implicada en el secuestro, el veterano periodista ordenó a un grupo de cabezas rapadas que la capturasen. El cadáver de Joana apareció días después, cuando Javier buscaba a su amiga por la sierra madrileña.

El asesinato cometido por Brizuela ni siquiera estaba directamente relacionado con la rebelión militar y no debería

haber quedado impune por la amnistía, lo que demostraba el poco respeto que el sistema dispensaba a las víctimas.

Su visión de la República había cambiado. Gracias a la popularidad que ganó con su reportaje sobre el ejército catalán, Javier había recibido en los últimos meses información sensible que podía dañar al Gobierno si salía a la luz. Éste acababa de superar una guerra civil y si caía, el vacío de poder sería aprovechado por fuerzas extremistas. Javier no quería eso.

O no lo quería hasta que Brizuela salió de la cárcel gracias a los políticos de la República. El estado de Derecho atravesaba un paréntesis en España, mediante el cual los verdugos disfrutaban de libertad mientras las víctimas se pudrían en las tumbas. La ley había sido aprobada con los votos de los partidos mayoritarios, con una disposición adicional de blindaje que impedía su revisión ante el Tribunal Constitucional a petición de la justicia ordinaria. Con ello, las Cortes atajaban de un plumazo el aluvión de demandas que podrían inundar los juzgados exigiendo el procesamiento de los militares que participaron en la rebelión.

Aquello ya había ido demasiado lejos, y lanzaba un mensaje de indulgencia del poder civil a los conspiradores del mañana. Un precedente nefasto que ponía en juego el futuro de España a cambio de una precaria paz a corto plazo.

Martín, el jefe de redacción, no le había tratado bien en el pasado. Le obligó a que le informase sobre las actividades de Joana, cediendo a presiones de la policía, y cuando aquella fue secuestrada por los sicarios de Brizuela y Javier le demandó ayuda, se desentendió del problema. Aunque Martín le pidió luego perdón y le hizo fijo en plantilla, con un sustancioso aumento de sueldo, Javier no lo había olvidado. Podía comprender en parte que Martín estuviese enfadado con él; por aquellas fechas, había decidido cambiarse de periódico y no se lo había notificado a su jefe. Sin embargo, Joana no iba a irse con él al *Nacional*, habría seguido trabajando para el periódico y Martín tenía la obligación de velar por ella.

Su desaparición había supuesto más un alivio para él que una pérdida, y eso Javier no se lo perdonaba. Aunque no compartía la ideología de Joana y reconocía que su amiga

había cometido errores, ella hizo un gran servicio a la República al abortar los planes de un comando terrorista vasco que preparaba una cadena de atentados en Madrid. Solo a título póstumo, la República reconoció sus servicios, que caerían poco después en el olvido, con la excarcelación de Brizuela y de todos los asesinos que camparon a sus anchas en aquellas semanas trágicas.

Unas semanas que devolvieron a España a las tinieblas de la Historia.

Paseó su mirada por el pequeño despacho que Martín le había asignado, un cubículo en el que apenas cabía la mesa, un sillón de oficina, un par de sillas y dos archivadores; pero que era un lujo comparado con el lugar en que trabajaban el resto de los reporteros, una enorme sala de mesas apiñadas con teléfonos sonando sin cesar. La mala conciencia de Martín le había empujado a adjudicarle aquel despacho, pero no sería la última concesión que le arrancaría. Su jefe también le había asignado a una reportera para ayudarle en la investigación de sus proyectos más complejos, aunque Javier sospechaba que más que un privilegio, era la forma de Martín de controlar en qué asuntos estaba trabajando.

Sacó del archivador la carpeta con la información que había recibido hace unos meses de una fuente anónima, que implicaba a un alto cargo del Gobierno en el cobro de comisiones. Un caso tópicamente que había aparcado para no agravar la inestable situación derivada del final de la guerra. Pero ahora, Javier tenía un interés personal en aquella noticia. Miró la foto del político y hojeó los datos que su informador le había mandado. Puede que las Cortes hubieran aprobado una ley de punto final para encubrir los crímenes de los rebeldes, pero los delitos que supuestamente cometió aquel individuo eran anteriores a la guerra y no estaban relacionados con la misma.

Llamó a su compañera y se puso a examinar los extractos de movimientos bancarios que figuraban en el dossier. Sus gafas de lejos no le permitían enfocar bien y tuvo que quitárselas para poder leer los números. Llevaba mal la vista cansada y su recurrente dolor de espalda; no era agradable hacerse mayor. Dicen que a partir de los cincuenta,

si te levantas por la mañana y no te duele nada, es que estás muerto. Aunque aún le quedaban algunos años para llegar a esa edad, el envejecimiento de su columna y de sus ojos, el recuerdo de esguinces y fracturas pasadas a raíz de cambios de presión y humedad, o el progresivo encanecimiento de su pelo, acelerado por los acontecimientos vividos durante los últimos meses, le recordaban constantemente su condición mortal y que debía aprovechar el tiempo antes de que su reloj se quedase sin arena.

Celia apareció en su despacho. Diez años más joven que él, más vital y con muchos menos esguinces y cicatrices en sus articulaciones que soportar. En más de un aspecto le recordaba a Joana. Y, como su malograda amiga, tampoco era fija en plantilla; la dirección del periódico la obligaba a cotizar como autónoma si quería colaborar con ellos. En caso de discrepancia con su labor, ni siquiera tenían que despedirla, pues la relación con el diario era de mera prestación de servicios. Solo en casos especiales, como el personal directivo, o de reporteros especialmente cotizados, el diario accedía a hacer contratos fijos con seguridad social. Celia tendría que ganarse su estabilidad laboral con uñas y dientes, luchando como lo había hecho él, porque Martín no iba a regalarle nada.

Javier le indicó que cerrase la puerta y le acercó la carpeta, sin decir nada. Celia observó la fotografía de la primera página y reconoció el rostro al instante.

—Es Cuello, el ministro de Comunicación.

—Anteriormente fue tesorero del partido socialista —explicó Javier, invitándola a que tomase asiento—. Un fontanero muy competente. A este tipo le encargaban el trabajo sucio para mantener saneadas las finanzas del partido.

—¿Qué quieres decir con trabajo sucio? —Celia había perdido a sus padres en la reciente guerra, y su sensibilidad con aquellos temas era aún más alta que la de Javier.

—No está implicado en ningún asesinato, descuida. Cuello no es Ledesma. Su función consistía en buscar el dinero donde hiciese falta. Si alguien lo descubría, él asumiría la responsabilidad y el partido quedaría limpio. Pero no lo pillaron. Hizo su trabajo tan bien que lo nombraron ministro.

Celia se puso a examinar la documentación de la carpeta.

—¿Quién te ha enviado todo esto?

—No lo sé, y ahí intervienes tú. Quiero que me ayudes a verificar si la información es veraz. No quiero que nos acusen de publicar calumnias y cierren este periódico. Me comentaste que tienes contactos en la policía.

—Bueno, un amigo mío trabaja en el CNI. Lo conocí en un foro de hackers, en Internet. Le encanta la informática, como a mí.

—¿Es de fiar? Quiero decir, si le ponemos al tanto, ¿podría usar esta información para denunciarnos?

—El CNI es el servicio de inteligencia del Gobierno, y me preguntas si es arriesgado que un agente del centro compruebe información sobre financiación ilegal que implica al antiguo tesorero del partido socialista.

—Lo has pillado a la primera.

—El Gobierno no goza de la simpatía de mucha gente. Podemos fiarnos de él.

Javier esperó unos segundos a que la mujer continuase, pero no fue así.

—Pensé que ibas a entrar en detalles.

—Podría hacerlo, Javier, pero me pregunto hasta dónde quieres llegar en esto.

—He manejado reportajes más peligrosos, y he sobrevivido.

—¿Por qué quieres sacar este dossier ahora?

Javier no esperaba esa pregunta.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto. ¿Desde cuándo lo tienes en tu poder?

—Eso es irrelevante.

—No lo es.

Javier se sintió incómodo. No le gustaba que Celia llevase la iniciativa. Se suponía que el perro viejo era él y ella su ingenua pupila.

—Desde hace algún tiempo —reconoció.

—¿Y lo has desempolvado ahora?

—Recibí por e-mail nuevos datos hace un par de semanas. Son esas seis hojas que hay detrás de la marca azul.

—Si quieres que localice a mis contactos, tendrás que ser sincero conmigo, Javier.

—No deseo que lo que hablemos entre tú y yo llegue a oídos de Martín, hasta que acabemos nuestro trabajo.

—No siento un aprecio especial por él, y menos después de lo que le pasó a Joana.

—Jamás te hará de plantilla, lo sabes, ¿verdad? A menos que salves la vida a su madre o consigas un reportaje que haga ganar millones al periódico.

—Todavía no me has contestado.

—Está bien, Celia, hablemos claro: no me gusta que los criminales estén en la calle. ¿Te basta con eso?

—No.

—El asesino de mi amiga salió de la cárcel por culpa de gentuza como él —señaló con desprecio la foto—. Quiero que paguen por todo el daño que han causado a los españoles. Quiero que las víctimas reciban la justicia que merecen.

—Quieres vengar a Joana.

Javier apretó los dientes.

—Eso también.

Celia sonrió:

—Ya empiezas a ser sincero.

—He retenido este reportaje para no perjudicar al Gobierno, pero estoy harto. Los ciudadanos tienen derecho a saber qué clase de personas les dirigen.

—¿Y si tu reportaje provoca otro ruido de sables?

—No lo hará. Los militares ya tienen lo que querían. Se alegrarían de que este gobierno cayera.

—¿Tú te alegrarías también, Javier?

—Ahora sí.

—Los que vengan después podrían ser peores.

—Me arriesgaré.

Celia cerró la carpeta:

—Perdí a mis padres durante el asedio de Almansa. El carnicero que ordenó arrasar la ciudad apenas pisó la cárcel. Todavía sigue en paradero desconocido.



—Te refieres al general Carmona. Los americanos le prestaron asilo, aunque oficialmente lo niegan.

—El caso es que ese asesino sigue vivo, y mis padres no. Si queremos recuperar la justicia en este país, tenemos que conseguir que las cosas cambien.

—Estoy dispuesto a contribuir.

—Esa contribución puede ir más allá de este reportaje, Javier.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Eso depende de lo que te importase Joana. Antes te pregunté hasta dónde querías llegar en esto. No era una pregunta retórica.

—Celia, ¿puedes conseguirme a Brizuela?

—Sería complicado, pero sí, creo que podría complacerte.

—Entonces, explícame de una vez qué tienes entre manos.

### III

Desde su despacho de la torre Puerta de Europa I, Resnizky observaba el tráfico del paseo de la Castellana hormigueando bajo sus pies. Aislado tras un grueso cristal del ruido de aquella gran arteria de Madrid, el consejero delegado en España del consorcio ruso de energía disfrutaba de una vista privilegiada de la torre vecina, que su firma estaba interesada en adquirir. Las dos torres inclinadas eran el símbolo arquitectónico de la ciudad y su nombre, un provocador estímulo para él.

Resnizky contaba con el pleno respaldo del presidente de la federación rusa. La república española atravesaba horas difíciles; acababa de salir de una guerra civil, no había dinero para pagar los sueldos de los funcionarios y la sanidad pública amenazaba con la quiebra. El presidente Duarte había cerrado las últimas bases militares americanas en España y eso le había granjeado un poderoso enemigo, que temía que el ejemplo fuese seguido por otros países europeos. El bloque

militar occidental comenzaba a mostrar fisuras, que con un poco de suerte se transformarían en profundas grietas, y Resnizky estaba muy contento. La OTAN había avanzado con prepotencia hasta las fronteras de Rusia, creciendo a costa de países aliados de Moscú y amenazando a su patria. Creían que la situación continuaría indefinidamente, pero se equivocaban.

Encendió un cigarrillo. Un contacto dentro del gobierno español le mantenía informado de los planes que barajaba la República. Duarte iba a anunciar próximamente la convocatoria de un referéndum para sacar a España de la Alianza Atlántica. Le gustaba ese político, era valiente y coherente con sus ideas, sin importarle las consecuencias. De nada servía expulsar a los americanos de Morón y Rota, si éstos continuaban utilizando bases españolas tras la máscara de la OTAN.

Para Resnizky, el referéndum era un trámite inútil; los socialistas españoles habían jugado con el pueblo en 1982, prometiendo salir de la Alianza si llegaban a la Moncloa; una vez en el poder, realizaron una feroz campaña para mantener al país dentro de la OTAN, aunque condicionada a permanecer fuera de la estructura militar. Un gobierno tiene que ser realmente inepto para convocar un referéndum y perderlo. Por supuesto, eso no sucedió.

Años más tarde, la derecha, con apoyo socialista, ignoró el resultado de la consulta popular e incluyó a España de lleno en la estructura militar, sin más teatro ni verdades sesgadas. Ese es el valor que daban los políticos españoles a la voz del pueblo. Para ese viaje, podrían ahorrarse tanta hipocresía y, de paso, un buen puñado de dinero de los contribuyentes en papeletas.

Duarte tenía el apoyo necesario en el Congreso para sacar su propuesta adelante. Pronto tendría también el económico. Si los acuerdos con la República fructificaban, Moscú convertiría a España en un socio estratégico, que abriría literalmente a Rusia las puertas de Europa. Sin dinero, el experimento de Duarte se vería abocado al fracaso. Sus socios europeos le estaban ayudando bien poco y Gran Bretaña, azuzada por Washington, trataba de echar a España del euro. Las mayores firmas de inversores de Wall Street y

Londres intentaban dañar la deuda española mediante operaciones especulativas en los mercados de valores, iniciadas antes de que la guerra estallase. Washington siempre había detestado el euro, porque hacía sombra al dólar, y aprovechaba cualquier crisis para atacar económicamente a su adversario, tratando de hundir la economía de los países débiles, a fin de provocar un efecto dominó que hiciese trizas la moneda europea. La crisis en España había intensificado los ataques al euro, que se había depreciado respecto al dólar tras la guerra en España. Aunque el conflicto acabó hace medio año, el hostigamiento de los inversores anglosajones continuaba en los mercados. Era el mismo tipo de especuladores que había llevado a la quiebra a miles de empresas y cientos de bancos por todo el globo, con sus dudosos negocios que culminaron en el crack financiero de principios de siglo. Sus ejecutivos se gastaban con desvergüenza el dinero de los rescates del Estado en champán, caviar, masajes y sobresueldos, mientras las fábricas cerraban a su alrededor y los trabajadores perdían sus empleos.

Cuello, el ministro de Comunicación, iba a visitarle aquella mañana a fin de ultimar las adjudicaciones de varios proyectos de reconstrucción de infraestructuras públicas a empresas rusas. El paquete iba acompañado de la adquisición por parte del consorcio ruso del 51% de las acciones de Iberdrola, para lo cual necesitaba la autorización de la República. En principio, correspondían al ministro de Industria y Energía estas gestiones, pero era Cuello quien manejaba los asuntos en que prefería dejar al margen al resto del gabinete, para no comprometerlo. Resnizky había hecho tratos con él antes de la guerra y conocía sus puntos débiles. Cuello era suyo mucho antes de que fuese nombrado ministro, y seguiría perteneciéndole después de que abandonase el cargo. Era un político que entendía sus prioridades y lo que debía hacer para conseguir las. Sin literatura de por medio.

El ministro Cuello llegó a su despacho a la hora convenida. Era tan puntual como previsible. Vestía un impecable traje de seda a medida, con corbata a juego, lujosos gemelos en las mangas y zapatos italianos de diseño. Al estrecharle la mano, Resnizky advirtió un nuevo reloj de oro

en la muñeca. No le gustaba que hiciese ostentación de riqueza, no era bueno para el negocio, pero se recordó que Cuello ya no era el contable del partido, sino un miembro del Gobierno de la República, al que no convenía reprender.

Las funciones del ministerio de Comunicación eran difusas; Cuello controlaba la imagen de la República en los medios y canalizaba el flujo de información entre el Gobierno y la prensa; pero la creación de su departamento obedecía a razones más oscuras que nadie se atrevía a explicar a los ciudadanos. La República tenía miedo de que una nueva rebelión volviese a situarla contra las cuerdas. Para evitarlo, quería saber no solo de qué se hablaba en los cuarteles, sino también identificar los grupos de conspiradores escondidos en el sector público o privado. El levantamiento de Montoro se habría atajado a tiempo si se hubiese neutralizado a los cabecillas antes de que pasasen a la acción.

Esa falta de previsión no se repetiría. El ministerio de Comunicación coordinaba datos de la policía, servicios de inteligencia y colaboradores civiles que, de forma anónima, informaban de comportamientos subversivos. A Resnizky, las actividades del ministerio de Comunicación le recordaban el pasado de su propio país. Mucho se había criticado la política de Stalin, pero sin un líder fuerte como él, Europa habría sido arrasada por los nazis.

Resnizky contemplaba con simpatía la creación del ministerio: era necesario para estabilizar a la República y librarla de sus enemigos. Su país ya había enviado a España a asesores civiles y militares, expertos en recolectar información de la más variada índole. Los servicios de seguridad republicana tenían mucho trabajo por delante.

Pero esta vez no estarían solos.

Emplearon poco tiempo en zanjar los aspectos económicos de la reunión. El consejo de ministros no pondría objeciones a la entrada del consorcio ruso en Iberdrola, y los contratos para reconstruir las infraestructuras dañadas durante la guerra iban a ser adjudicados por el procedimiento de urgencia. Pero Cuello no estaba allí para eso.

—Se trata de la operación Aníbal —dijo el ministro—. Estamos teniendo dificultades para convencer a Duarte.

—Creí que eso estaba solucionado —murmuró Resnizky con preocupación.

—El presidente de la República tiene dudas. Piensa que es precipitado, en las actuales circunstancias.

—¿Has informado ya a Maeso?

—No.

—Pero es el presidente del Gobierno.

—Las relaciones entre Maeso y Duarte no atraviesan el mejor momento.

—Deberíamos solucionarlo. Maeso no puede ser un obstáculo.

—Encontraré el modo.

—¿Qué hay del alto mando?

—Bajo control —aseguró Cuello, convencido—. Apoyan la operación sin reservas. Por ahora, solo conocen los detalles media docena de generales del Estado Mayor. No queremos que una filtración pueda llegar a oídos del enemigo.

—Bien.

—Hablando del enemigo... —Cuello vaciló—. Tengo problemas con Tejada, el secretario general del partido comunista.

—¿Qué ocurre.

—Ha rechazado mi propuesta de un frente de progreso para concurrir a las próximas elecciones. La fragmentación de la izquierda favorece a la derecha. Además, Tejada ha puesto una denuncia ante la fiscalía del Tribunal Penal Internacional, contra Duarte y el Gobierno, acusándonos de aprobar una ley de amnistía que deja impunes los crímenes de los golpistas.

—Bueno, tiene razón en eso, ¿o no?

—Tejada quiere sacar beneficios políticos de la guerra. A costa nuestra.

—¿Qué sugieres?

—El partido comunista necesita otro secretario general. Un líder con visión de Estado, que se avenga a pactar para frenar a la derecha.

—Veré qué puedo hacer.

—Tejada conoce el cobro de mis... bueno... ya sabes a qué me refiero.

—Tranquilo, no estoy grabando esta conversación.

—No sé cómo se ha enterado ese cabrón, pero asegura tener información que me compromete. Y cuando digo me compromete, quiero decir a ti y a mí.

Resnizky dudaba mucho de que alguien pudiese demostrar su participación en el pago de comisiones a Cuello por la adjudicación de contratos, pero lo dejó seguir para no irritarlo más.

—Me pregunto cómo se ha enterado —decía el político con nerviosismo—. Extremamos las precauciones para eliminar cualquier rastro. Tejada debe de tener conexiones al más alto nivel.

—No saques conclusiones precipitadas. Solo es un político de un partido menor, con ínfulas de ser la futura llave del gobierno.

—Hay que neutralizar esa amenaza.

—¿Quieres que me ocupe de él?

Cuello vaciló unos segundos. Sabía que le estaba ofreciendo Resnizky, pero tampoco deseaba eso.

—Quiero que entre en razón.

—Tengo experiencia en manejar este tipo de crisis. Los intentos de chantaje son habituales en Rusia, pero tenemos nuestros propios medios para protegernos de los extorsionadores.

—No es un chantaje; Tejada no me ha exigido nada a cambio.

—Dame tiempo para descubrir qué quiere.

—Lo que hay que averiguar es qué sabe de nuestros acuerdos, si ha compartido esa información con alguien y cuál es su fuente, pero sin utilizar al CNI.

—Temes que alguien de vuestro servicio de inteligencia pueda irse de la lengua.

—El CNI estuvo implicado en la rebelión militar. Aunque se hizo una purga de los servicios secretos, estoy seguro de que un buen puñado de agentes se nos escapó. Una investigación como esta podría llamar demasiado la atención.

—Bueno, tengo un contacto dentro del CNI que nos allanará el camino con total discreción.

—¿Quién es?

—Su nombre en clave es Lacertus. Está infiltrado en una célula del GARRE, el grupo terrorista que lleva causando problemas al Gobierno desde el final de la guerra. Lacertus nos ha pasado información sobre los planes del GARRE, que ha servido para frustrar dos atentados con coche bomba y un secuestro.

—Lacertus —repitió Cuello, intentando hacer memoria—. ¿No me puedes decir su verdadero nombre?

—Cualquier indiscreción pondría en riesgo su tapadera. No puedo arriesgarme a que alguien lo descubra.

—Parece que sabes de nuestros propios agentes más que yo.

—Bueno, el éxito de un trabajo de inteligencia consiste en ser invisible.

—¿Desde cuándo os pasa información?

—Desde que las cosas empezaron a torcerse en la República.

Cuello no insistió. Resnizky no iba a contarle más, y en el fondo, lo prefería. A veces era mejor no conocer los detalles, aunque le incomodaba que el ruso admitiese que tenía penetrados los servicios españoles de inteligencia desde hacía tiempo. La República se había obsesionado en investigar las conexiones entre los agentes del CNI y la CIA, descuidando la infiltración de otros servicios de espionaje, como el SVR ruso, que estaba llenando el hueco dejado por los americanos. Cuello se preguntaba a dónde conducía la oblicua política de Duarte, que desmontaba bases americanas del suelo español pero buscaba alianzas con una superpotencia con un pasado lamentable, como Rusia. Expulsaban a un imperio y llamaban a la puerta de otro.

Bueno, tampoco era asunto suyo. Duarte recurrió a él para salvar a la República de la quiebra, y poco a poco estaba consiguiendo quitar las telarañas de las arcas del Banco de España, gracias a los rusos. En fin, el país de Resnizky era una democracia en curso de asimilar los valores de la civilización occidental.

Y la República no disponía de muchos aliados dispuestos a prestarle dinero.

## CAPÍTULO 2

### I

Esa carencia de aliados era la pesadilla con la que Luis Duarte tenía que lidiar cada día. La escasez de amigos en el extranjero tenía el aspecto de una conjura que pretendía derribar todo lo que se había construido en España durante los tres últimos años, dando marcha al reloj de la Historia. Y eso él no lo permitiría. Solo los españoles tenían el derecho de decidir su futuro; esa era la esencia de la soberanía popular, de la autodeterminación de los pueblos, el eje de su política desde que llegó al palacio de la Zarzuela a asumir la jefatura del Estado.

El círculo de sus aliados también se estrechaba en el interior de sus fronteras, incluso dentro de su propio partido. Desde el final de la guerra, Duarte había soportado el papel de pararrayos de la República; los periodistas se cebaban con él utilizando descalificaciones nauseabundas, como que planeó un autogolpe para perpetuarse en el poder; en cambio, Maeso, el presidente del Gobierno, apenas aguantaba un pequeño porcentaje de la lluvia ácida. Duarte estaba en la diana de todos los ataques, se le acusaba de haberse ausentado del Congreso el día del golpe, porque estaba avisado de que iba a tener lugar; una vez que los ministros fueron liberados por los rebeldes, se le culpó de haberse escondido como un conejo. Mientras Maeso regresaba a la Moncloa para recuperar las riendas del Gobierno, Duarte dormía cada noche en un lugar



distinto, temiendo que fuesen a matarle. Había sido un error, y lo lamentaba, pero ya no podía rectificar; Maeso se había comportado como un héroe y él no había estado a la altura de lo que se esperaba de un jefe de Estado, a pesar de que, gracias a su ausencia del Congreso aquel día, pudo impartir a la cúpula militar las órdenes oportunas para enfrentarse a los agresores.

Pero ya nadie quería ver eso. Ni siquiera su propio partido. Alguien estaba tramando su relevo y buscaba en secreto apoyos para desbancarle de la Zarzuela. Sin tanques esta vez, sin un solo tiro. Sin dar la cara. Pero si ni la Casa Blanca ni los golpistas pudieron acabar con él hace seis meses, ahora no se iba a dejar derribar por conjuras de salón. Era un superviviente y no tenía reparos en demostrarlo cada vez que fuese necesario.

Caminaba despacio entre los jardines de Zarzuela, buscando en la tierra las señales del paso de los blindados enviados por la base El Goloso hace medio año, para capturarlo, pero los jardineros habían reparado hasta el más leve desperfecto en los parterres. Tampoco necesitaba las estelas de los orugas en la tierra para recordar lo que había pasado. Ese recuerdo lo llevaría en el corazón hasta el fin de sus días.

La guerra le había marcado y pasaría a la Historia con ese triste legado a sus espaldas. Tenía que hacer algo por su país que mitigase aquella lacra. Algo a lo que ningún otro político se hubiera atrevido, que le ayudase a fortalecer la confianza de los ciudadanos y la unidad fragmentada por los separatismos, demostrando al mundo que la República podía recobrase de las adversidades y seguir adelante. Y que ningún ideal era imposible si se defendía con firmeza.

Recordó el discurso a la nación el día del golpe. Pilar, su esposa, le dijo que si la República no cayó aquel mismo día fue gracias a él. Duarte se había sentido muy orgulloso al escuchar esas palabras de su mujer. Pilar añadió que ese día confirmó que no se había equivocado casándose con él.

Pero ya no estaba seguro de que hoy pensase lo mismo. Su esposa estaba devorada por los celos, pensaba que tenía un romance con Laura, la jefa de prensa de Zarzuela.

En realidad no quería a Laura, solo en un par de ocasiones habían tenido algún escarceo, pero nada más; era algo físico, una necesidad que en absoluto se parecía al amor que profesaba a su esposa. Laura era un desahogo, un pasatiempo intrascendente, nada que él no pudiese controlar.

Tras su paseo por los jardines, regresó al palacio y buscó a Pilar. Se sentía culpable por no haber hablado claro con ella desde el principio. Necesitaba su apoyo para seguir adelante. Pilar había estado junto a él en los momentos críticos de su carrera, lo habían compartido todo, y ahora él mostraba un comportamiento de cuarentón patético que intenta retrasar su declive sexual tratando de demostrar su vigor con otras mujeres. Pensaba que él estaba por encima de eso, pero solo era un hombre, un primate evolucionado con necesidades fisiológicas que no podía racionalizar; y sin una válvula de escape que aliviase la presión, ya habría estallado hace tiempo.

Su secretario personal le entregó un fax que acababa de llegar de Roma. Felipe VI de Borbón le confirmaba el día en que volvería a España para ocupar la presidencia del Consejo de Estado, un órgano consultivo donde se arrinconaba a los elefantes blancos para que no estorbasen ni fuesen molestados. Felipe VI tuvo un comportamiento ejemplar al notificar a la República que el general Carmona le había propuesto unirse a los golpistas. El Rey podría haber aceptado; al fin y al cabo, le habría alegrado asistir a la caída de la República que le expulsó del trono; sin embargo, valoró con inteligencia que regresar a España de manos de una junta militar sería desastroso para la monarquía y ahondaría la división entre los españoles.

Duarte no había olvidado eso. Parecía contradictorio que la República ofreciese un cargo a un Rey en el exilio, pero se necesitaban todos los apoyos que pudiese reunir para recuperar la concordia, y a Felipe VI le venía bien el nombramiento. Había pasado la guerra en Roma, a salvo de las bombas, contemplando el conflicto desde la lejanía. Es cierto que la República le había empujado a marcharse, pero si ahora se le daba la oportunidad de volver, aunque solo fuese para ocupar un cargo honorífico, hacía bien aprovechándola.

El puesto de un monarca estaba junto al pueblo, incluso después de haber perdido el reino y la corona.

Encontró a Pilar en su despacho, contestando al teléfono, con la mesa llena de papeles. Su esposa trataba de ayudarlo en los asuntos de Estado como mejor sabía, aunque a veces, Duarte habría agradecido que se mantuviese al margen y dejase ese trabajo a los asesores de la Zarzuela.

Aguardó en el umbral de la puerta a que acabase la conversación. Pilar hablaba con Maeso, con una familiaridad poco usual hacia el presidente del Gobierno. Ella sabía que las relaciones entre Maeso y Duarte no atravesaban su mejor momento, y aquel tono de complicidad que usaba al teléfono irritó profundamente al presidente de la República. Maeso podía ser el jefe del Gobierno, pero era Duarte quien lo había elegido para el cargo, y la Constitución le daba la potestad de cesarlo libremente. Hacía tiempo que su confianza en Maeso había disminuido, y no solo por su oposición a algunas de las reformas que se habían impulsado desde Zarzuela, sino especialmente, por su amistad con Sajardo. Después de lo que había pasado, de que Sajardo abandonase el partido socialista para fundar uno propio, y de que al comenzar la guerra, aceptase el cargo de presidente de un gobierno títere en Sevilla creado por los rebeldes, Maeso todavía mantenía el contacto con ese canalla, atreviéndose a recibirlo en la Moncloa sin avisarle. ¿Pensaba que no iba a enterarse de esa reunión, o es que a Maeso le daba igual? Por encima de las diferencias políticas que ambos albergaban, Maeso no debía olvidar nunca quién era leal a la República y quién se había puesto del lado de sus enemigos. Si no fuese por la ley de amnistía que Duarte había tenido que refrendar con una pinza en la nariz, Sajardo estaría ahora pudriéndose en la cárcel. Sin embargo, ahí seguía, paseándose por Madrid libremente y siendo recibido en audiencia por el presidente del Gobierno, cuya autoridad había desafiado hace medio año.

No necesitaban a Sajardo ni a su oscuro grupo parlamentario para salir de la crisis. Antes pactaría con Unidad Nacional; por lo menos, con la derecha sabía a qué atenerse; pero Sajardo había sido su hombre de confianza, prácticamente su hermano, conocía los entresijos del partido

socialista y los había utilizado para provocar división y sacar ventajas.

—¿Qué haces ahí escondido? —dijo su mujer—. Si quieres escuchar lo que hablo con Julián, pasa y ponte cómodo.

—No me escondía —gruño Duarte—. Estaba esperando a que acabases.

—Ya lo he hecho —ella colgó el teléfono—. ¿Querías algo?

Duarte ya había olvidado el motivo por el que quería ver a su mujer. Otras ideas ocupaban su mente en ese momento.

—Supongo que Julián te ha contado que recibió esta mañana a Sajardo en la Moncloa —dijo Duarte.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó su esposa, sorprendida.

—Hace un par de semanas que no viene por aquí. Manda al secretario de presidencia para despachar conmigo los asuntos de Estado.

—¿Y cómo te has enterado?

—Eso es irrelevante.

—Luis, la República no puede permitirse en estos momentos un enfrentamiento entre el jefe de Estado y el de Gobierno. Recuerda cómo acabó tu rivalidad con Ledesma.

—Claro que lo recuerdo: lo mandé a la cárcel. Por poco tiempo, lamentablemente.

—¿Quieres hacer lo mismo con Julián?

—Me ofende que me hagas esa pregunta.

—Entonces, ¿por qué lo tratas así?

Él comenzaba a sentirse incómodo. Pilar lo había colocado a la defensiva, obligándole a justificarse.

—Te molesta que yo hable con él, lo leo en tu cara —le recriminó ella.

Duarte guardó silencio.

—Ya has olvidado que Julián estuvo contigo en los momentos más difíciles. Pudo haberse pasado al bando rebelde cuando Montoro lo capturó, pero arriesgó su vida y se mantuvo fiel a la República.

—No lo he olvidado.

—¿Qué es lo que te molesta? ¿Que tenga ideas propias? ¿Que no diga que sí a todo lo que le propongas? Él es el presidente del Gobierno, no tú. Déjale que haga su trabajo.

—Es lo que hace.

—Le impusiste a Cuello como ministro de Comunicación.

—La República debe a Cuello mucho más de lo que imaginas. Necesitaba recompensar sus servicios de algún modo.

—¿Y no había otro modo que haciéndolo ministro?

Duarte contuvo un bufido:

—No podía ofrecerle cualquier cosa. Cuello se merecía lo mejor y llevaba mucho tiempo de tesorero del partido, sacándonos las castañas del fuego.

—Me consta que no es el único que ha recibido ese tipo de regalos de tu parte —dijo ella, entornando los ojos.

Él tragó saliva.

—¿Qué insinúas, Pilar?

—Me he enterado de que tu amiguita Laura quiere dejar la Zarzuela para ocupar la dirección general del ministerio de Comunicación.

—Laura tiene un talento natural para los medios, y necesitamos mejorar nuestra imagen para que los ciudadanos perciban la labor diaria del Gobierno.

—Claro. Y si el puesto de ministro no estuviese ya adjudicado, seguro que se lo darías a ella.

—Pensé que te alegraría perderla de vista.

—Podrías haberte librado de Laura echándola a la calle. Si es que aún te importa nuestro matrimonio.

—Te aseguro que no hay nada entre ella y yo. Eres la única mujer de mi vida, Pilar —con un hilo de voz, añadió—: Todos cometemos errores, pero eso es lo que nos hace humanos.

—Así que admites que Laura es un error.

—El error es tenerla a mi lado como jefa de prensa. Entiendo que te sientas amenazada por ella, es más joven, y...

—se calló de repente. No iba por el buen camino llamando vieja a su mujer.

—Sigue —Pilar apretó los labios.

—Y extrovertida. Se toma demasiadas confianzas conmigo; debería guardar más las distancias con ella. Si te incomoda esta situación, es lo que haré.

—¿Me incomoda? —Pilar hizo una mueca—. ¿Qué forma de hablarme es esa? Deja de dar rodeos a las palabras y admite de una vez que te has acostado con ella.

—Llamaré a Cuello para que anule la designación.

—No será necesario. El presidente del Gobierno ha desautorizado el nombramiento de Laura.

—¿Ese era el motivo de la llamada?

Pilar eludió responderle, y se concentró en ordenar la documentación desperdigada por su escritorio.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió Duarte.

—¡El qué! —ella alzó la vista de los papeles y le devolvió la mirada, desafiante—. ¿Te molesta que me entrometa en los asuntos del Gobierno? Lo he aprendido de ti. Desde que eres presidente de la República no has parado de interferir en el trabajo de Julián.

Duarte no quería seguir discutiendo con ella.

—¿Quieres saber por qué le he llamado? —dijo Pilar, antes de que él saliese del despacho—. Intentaba recomponer vuestra amistad, invitándole a cenar esta noche con nosotros, pero ha rechazado. Estás alejando de tu lado a todas aquellas personas que te importaban, Luis. Medita sobre ello antes de dar el siguiente paso. Sea el que sea.

## II

Javier Valero sí había meditado mucho su siguiente paso. Celia le pedía que le acompañase a un lugar del sur de Madrid, en un tétrico polígono industrial abandonado. Antes de subir al coche, le advirtió que no estaba obligado a seguirla, aunque si quería que Brizuela recibiese el castigo que merecía por sus crímenes, tendría que venir con ella.

Celia le había proporcionado información muy jugosa acerca del ex tesorero del partido socialista y actual ministro

de Comunicación. Cuello había percibido comisiones de un testaferro vinculado al consorcio ruso de energía, por la adjudicación de contratos a sus empresas. Figuraban varios cobros antes de la guerra, pero la mayoría eran posteriores al armisticio entre el ejército rebelde y la República. Cuello canalizaba esos ingresos a una cuenta secreta abierta en un banco de Gibraltar. Inesperadamente, hace un mes transfirió su dinero a un banco suizo, cancelando todos sus depósitos en el Peñón. El por qué de ese comportamiento, era un misterio, pero Celia le había prometido que pronto lo esclarecería.

Su apariencia de periodista inexperta ocultaba un rostro menos amable. Celia era una profesional curtida en el mundo de la información que sabía manejar sus fuentes y obtener resultados con rapidez, aparte de que había adquirido habilidades como pirata informática, muy útiles para fisgar en ordenadores ajenos.

Tras recibir aquellos datos, que corroboraban el dossier que Javier había recibido anónimamente, él empezó a creer que si su compañera le prometía capturar a Brizuela, lo cumpliría. Pero no sería una ayuda altruista.

Celia quería algo de él, y no lo averiguaría a menos que subiese al coche. Quizá se arrepintiese algún día de aquello, pero no podía soportar la idea de que Brizuela siguiese en libertad, insultando la memoria de Joana, burlándose de todo aquello por lo que su amiga había luchado. Celia no le estaba ofreciendo una vía legal para castigar a ese asesino, porque la ley le había absuelto de sus crímenes antes de ser juzgado. La justicia que Celia le ofrecía iba un paso más allá, los situaba a ambos en un territorio peligroso; pero si los políticos habían deshonrado a las víctimas al perdonar a sus verdugos, tendrían que buscar la justicia en otra parte.

La crisis económica había convertido el extrarradio del sur madrileño en un desierto. Numerosas empresas habían cerrado y la guerra había empujado a muchos a emigrar al extranjero, agravando aún más la situación. Pese a los mensajes tranquilizadores de las autoridades, solo una minoría de los que huyeron al estallar la rebelión habían vuelto a sus hogares. Aquellos barrios desiertos eran la prueba palpable de que algo había fallado en lo más profundo de la sociedad; un

fracaso colectivo que sumía a los habitantes de la ciudad entre el desencanto y el fatalismo de estar atrapados de nuevo en un ciclo de la Historia, condenados a repetir errores que se creían superados. Pero el ser humano sigue siendo el mismo que hace mil años, le mueven los mismos anhelos, miserias y ambiciones. Y él no era ajeno a esta condición: sabía que la venganza le estaba moviendo a dar pasos que en otras circunstancias jamás habría dado.

Sin venganza no habría asesinatos, ni guerras. Sin odio, el ser humano perdería una de sus características definitorias. Los tonos de la condición humana no reflejan solo las virtudes; también sus defectos. Y en aquel juego de pinceladas caóticas, los claroscuros podían eclipsar al resto. Un óleo tenebrista de Goya, así era ahora el cuadro de la realidad, ocre, frío, voces segadas por las balas, inocentes asesinados para nada, por tener la desgracia de estar en el lugar y momento equivocados. Y nadie reivindicaría su memoria porque había sido arrancada y cauterizada por el bisturí del Estado.

Celia detuvo su coche frente a un bloque de cuatro plantas que en otro tiempo fue sede de una empresa de construcción. Había algunos cristales rotos en el último piso, pero en el resto, las ventanas habían sido reparadas por sus nuevos inquilinos. En cuanto abrieron las puertas del vehículo, dos individuos salieron del inmueble y les dieron el alto. Uno de ellos iba armado con una metralleta, aunque al reconocer a Celia bajó el arma. El otro se puso a cachear a Javier, pasándole un detector portátil por las ropas.

—Es de confianza —dijo la mujer—. Respondo de él.

Javier se quitó el reloj de pulsera, vació los bolsillos y se desprendió del cinturón. El detector dejó de zumbar y el vigilante les permitió que siguiesen su camino.

—¿Qué guardáis ahí dentro? —dijo Javier, observando de reojo la metralleta que sostenía el primer vigilante.

Ella no contestó. No había nadie en el vestíbulo, aunque atisbaron una silueta oculta tras una esquina, que les observaba. Subieron a la primera planta: la zona estaba en obras y algunos tabiques habían sido derribados para crear dependencias más grandes, apuntaladas con vigas metálicas. Encontraron una pila de ladrillos, sacos de cemento y un



andamio en el ala sur de la galería, pero allí no había nadie trabajando, y daba la impresión de que las obras llevaban paradas mucho tiempo. El pasillo olía a humedad y las grietas serpenteaban hacia el techo, arañando los desconchados de pintura.

Celia se detuvo delante de una puerta y llamó dos veces.

—¿Quieres saber qué guardamos aquí dentro?

—Se supone que para eso he venido.

Un mecanismo eléctrico desbloqueó el cerrojo. Franquearon la puerta y Celia intercambió unas palabras con el centinela que había en su interior. Este les acompañó por un pasillo destinado a oficinas, que habían sido reconvertidas en celdas. Al llegar al octavo habitáculo, sacó un manojito de llaves y les abrió la entrada.

—Tened cuidado. Estaré aquí fuera por si me necesitáis.

Tirado sobre una mugrienta litera había un hombre de mediana edad. Llevaba el pelo muy corto, su torso estaba desnudo y presentaba varias contusiones en el pecho y quemaduras de cigarrillo en los brazos. La nariz estaba hinchada y se advertía que el hueso había sufrido un leve desplazamiento, producto de alguna paliza. El hombre no se levantó al verles.

—Siéntate en la cama —dijo Celia.

—Vete a la mierda, hija de puta.

Celia le aprisionó la nariz, consiguiendo que el hombre aullase de dolor y le obedeciese al instante.

—¿Qué queréis? —gimió—. Os he contado todo lo que sé.

—Repítenoslo. Me encanta oírte.

El hombre se protegió instintivamente el tabique nasal, ante un nuevo amago de Celia de acercarse.

—Tenía que introducir el paquete en el Consejo, en la sala de reuniones, donde el Borbón daría su discurso.

—¿De qué está hablando? —preguntó Javier.

—Del Borbón, joder, del rey Felipe. Va a volver a Madrid.

—La República le ofreció un cargo —explicó Celia—. Este tío formaba parte del comité de bienvenida. Planeaba colocar una bomba para matarle junto con las autoridades que

asistiesen a su toma de posesión como nuevo presidente del Consejo de Estado. Le intervenimos un pendrive con planos del edificio y un seguimiento de los turnos del personal de vigilancia. Parece que tenían un contacto dentro, pero huyó antes de que pudiésemos detenerlo.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Javier.

—Soy miembro del Grupo Armado Revolucionario de la República Española.

—El GARRE —aclaró Celia—. Se ha asociado con Terra Lliure Auténtica para adjudicarle a ésta la autoría del atentado. Es un nuevo grupo terrorista catalán y le vendrá muy bien para ganar prestigio.

—¿Y por qué el GARRE iba a hacer eso? Se supone que son un grupo de extrema izquierda.

—No supongas nada, Javier. El GARRE está manejado desde dentro por elementos de la ultraderecha. El atentado contra Felipe VI forma parte de una estrategia de desestabilización, para culpar a la izquierda. Has estudiado la Historia. ¿No te suena de algo?

Javier hizo memoria. No quería quedar en evidencia delante de ella, pero seguía sin ver clara la relación.

—La red Gladio —dijo Celia, al constatar su vacilación—. Todavía sigue existiendo, y se ha fortalecido en España a raíz de la guerra. Estados Unidos no pudo derribar a la República dividiendo nuestro país, así que intenta otra vía, que ya ha ensayado en otros países. Especialmente en Italia.

Javier recordó a qué se refería su compañera. Al finalizar la segunda guerra mundial, los servicios secretos ingleses y estadounidenses levantaron una red de agentes por toda la Europa libre, con el fin de preparar una resistencia partisana en caso de invasión soviética. Si bien esa invasión nunca se produjo, la red de agentes durmientes no desapareció, contando con el apoyo de las potencias occidentales, en muchos casos al margen de los gobiernos de turno, que ignoraban las operaciones de guerra sucia que se llevaban a cabo en su territorio. Gladio se nutrió de militantes de ultraderecha para llevar a cabo acciones de desestabilización en aquellos países donde la extrema izquierda amenazaba con llegar al poder. La red impulsó a través de sus paramilitares

una estrategia de tensión, provocando atentados de grupos de izquierda para que los comunistas nunca llegaran al poder. Las actividades de Gladio se extendieron en varios países europeos, Grecia, Turquía, Bélgica, Alemania, y particularmente en Italia, con acciones que se cobraron decenas de muertos, como Piazza Fontana o estación de trenes de Bolonia; sospechándose que habían ejecutado al presidente Aldo Moro a través de las Brigadas Rojas.

Celia sacó una fotografía de su cartera y se la mostró al detenido.

—¿Reconoces a esta persona?

El preso cabeceó afirmativamente.

—Es mi jefe —murmuró.

Javier miró la foto. Sus tripas se retorcieron de asco, en un movimiento reflejo. Se trataba de Brizuela, el periodista que había ordenado la ejecución de Joana. Si el hombre de la nariz rota era del GARRE y recibía órdenes de Brizuela, el GARRE no podía ser un grupo de izquierda, a menos que sus miembros solo fuesen marionetas, tontos útiles que otros dirigían para sus propios fines.

—¿Entiendes ahora por qué el GARRE quería adjudicar el mérito del atentado a terroristas catalanes de izquierda?

—Sí —murmuró Javier, observando al preso—. ¿Qué vais a hacer con él?

—Tendrá un juicio justo —Celia llamó al centinela y abandonaron la celda.

—No me creo que vayas a entregarlo a la policía.

—Por supuesto que no. Si hiciésemos eso, lo dejarían libre al día siguiente. Gladio posee contactos en las fuerzas de seguridad. No podemos fiarnos de este Gobierno. No después de la ley de amnistía que aprobó.

—¿Vas a enseñarme algo más?

—Por hoy has tenido bastante. Hemos evitado un magnicidio, Javier. Y lo hemos hecho para proteger a la República de sí misma. La democracia no durará mucho en España si nadie la defiende. Los políticos han atado a los jueces de pies y manos, y mientras esta situación de impunidad continúe, alguien tendrá que castigar a los que quieren acabar con nuestra libertad.

—¿Qué esperas que yo haga?

—Te voy a contar un secreto, Javier. No fue Martín quien me eligió para ser tu ayudante; yo le persuadí para que me asignase como apoyo a tus investigaciones. Todos en la redacción lamentamos lo que le sucedió a Joana, y sabemos que desde su muerte, no has vuelto a ser el mismo. Me pregunté en qué medida podía ayudarte a superarlo y moví mis contactos para que siguiesen la pista a Brizuela. Te sorprendería la cantidad de personas que me ofrecieron ayuda. Luego me aproveché del sentimiento de culpabilidad de Martín para que me nombrase tu ayudante. Conseguir que tú confiases en mí fue más complicado; durante los últimos meses te has mantenido distante; no sé, quizá temías implicarte emocionalmente conmigo, porque te recuerdo a Joana. Has trabajado muy duro para llegar adonde estás, y espero aprender mucho de ti y mejorar como periodista.

—Aún no me has contestado, Celia.

—Necesitamos ayuda, toda la que podamos reunir; personas en la política, en la policía, en los medios de comunicación, gente como tú, que crea opinión y transmite información veraz a los ciudadanos. El pueblo tiene derecho a saber lo que está pasando, quiénes promovieron la guerra y quiénes pretenden sembrar el odio para dividirnos. Muchos inocentes murieron en Italia a manos de paramilitares al servicio de la OTAN; con el pretexto de la amenaza soviética, querían impedir que los italianos eligiesen libremente, querían amedrentarlos para dominarlos y mediatizar su voto. Lo mismo planean en España. Si respetamos las normas, no podremos hacerles frente. Esta es una guerra que se libra en el subsuelo, no a cara descubierta; el enemigo usa la mentira como parte de su estrategia; nosotros, la verdad. Ellos asesinan a inocentes para asustar al pueblo; nosotros capturamos a los asesinos y les ofrecemos un juicio. No matamos indiscriminadamente, ni castigamos a quien no lo merezca. Solo buscamos que los culpables paguen por sus crímenes. Ese es nuestro trabajo.

—¿Dónde está ahora Brizuela? El tío de la nariz rota lo conocía, tiene que saber dónde está.

Habían salido del edificio y se encaminaban al coche de Celia, bajo la mirada atenta de los vigilantes. Ningún vehículo había aparecido por el barrio en todo el tiempo que habían permanecido en el inmueble. Javier no se sentía bien en aquel lugar; no parecía que estuviesen en un suburbio de Madrid, sino en una zona muerta, un lugar en el que ni los indigentes se atrevían a entrar, porque había sido despojado de cualquier riqueza, de actividad, de vida. El lejano ruido de un avión surcando el cielo le recordó que aún seguían en la ciudad y que un poco más al norte se encontraba el Madrid que él conocía.

Ella le abrió la puerta del coche:

—Paciencia, Brizuela vendrá a nosotros. A su debido tiempo.

### III

El todoterreno se detuvo en un paraje escarpado de la gaditana sierra de Grazalema, aislado de cualquier núcleo de población y de miradas curiosas. Mauro y otros tres compañeros recogieron sus mochilas y saltaron a tierra. Les esperaban tres kilómetros de marcha hasta llegar al campo de tiro, donde practicarían su puntería y recibirían adiestramiento adicional en el manejo de explosivos y tácticas de guerrilla. Era refrescante volver a tiempos pasados y revivir experiencias de combate, que la vida sedentaria le había hecho olvidar. El trabajo de un agente de inteligencia era mucho menos emocionante de lo que la gente creía; la mayoría pasaba su jornada al frente de un ordenador, monitoreando la red en busca de datos, escuchando conversaciones ajenas y anotando cuándo se decía algo interesante. Podían pasar semanas oyendo cháchara antes de conseguir un dato útil. Un trabajo así podía acabar con la paciencia de cualquiera.

Mauro no deseaba quedar momificado al frente de una pantalla.

La guerra, por desgracia, había introducido en su vida muchas más emociones de las que habría deseado. Aunque las hostilidades terminaron hacía seis meses, él apenas lo había notado. Antes de que se desatase la contienda, el Centro Nacional de Inteligencia había infiltrado a varios agentes en grupos de ultraderecha, ante los indicios de que fuerzas involucionistas planeaban un golpe para instaurar una dictadura militar. Mauro se ofreció voluntario y, desde ese momento, no le había faltado faena. Su falta de escrúpulos le había granjeado la confianza de los mandos del GARRE, y en poco tiempo había ido escalando puestos en el escalafón de la organización. La presión de la policía había menguado el número de guerrilleros, favoreciendo su ascenso en el organigrama.

En el CNI estaban muy contentos de su trabajo. Recibían puntualmente información acerca de las actividades del GARRE, centros de reunión, y pautas de adoctrinamiento que usaban en sus charlas. En Madrid no deseaban comprometer su tapadera y no le pedían datos precisos; Mauro aún tenía que ganarse la confianza dentro de la organización y entonces le adjudicarían una operación grande. Hasta que ese momento llegara, su jefe en el CNI le había dado carta blanca para mantener su identidad oculta. Eso significaba que debía comportarse como un guerrillero de la organización y acatar sin vacilar las órdenes que le impartiesen los cabecillas. Nadie tenía que sospechar para quién trabajaba realmente, y la verdad es que Mauro realizaba ese papel de modo competente. Desde que entró en el GARRE había matado a cuatro personas y secuestrado a una quinta. No se podía hacer nada por ellas, su suerte ya había sido decidida y él no iba a cambiar sus cartas. De no haber sido la mano ejecutora, habría sido cualquier otro. De todos modos, Mauro trataba de ocultar las partes más oscuras de sus actividades al CNI; no tenía garantías de que a su vuelta a Madrid, su jefe siguiese siendo el mismo, ya que el Centro había sufrido dos remodelaciones en los últimos meses. Lo que hoy le estaba permitido, mañana podría ser fuente de problemas.

Tras una larga caminata, llegaron a un pequeño valle donde había instaladas seis dianas a un centenar de metros. Un

grupo de guerrilleros practicaba su puntería cuerpo a tierra. Mauro descargó su mochila y se refrescó con un trago de su cantimplora.

El instructor de tiro le hizo una seña para que se acercase a él.

—Tengo malas noticias —le dijo—. Uno de nuestros hombres ha desaparecido en Madrid.

—¿Era importante?

—Todos nuestros chicos lo son. No dejamos a nadie atrás, ya lo sabes.

—Me refería a su misión.

—Bastante importante. Estaba al cargo del operativo para matar al Borbón.

—No me informaron de ello —Mauro se encogió de hombros, fingiendo que no tenía interés en el asunto.

—Porque no formabas parte —el instructor hizo una seña a uno de los guerrilleros, que corrió hacia un Land Rover.

—¿Ahora sí?

—Hemos seguido atentamente tu trabajo en los comandos, Mauro. Creo que estamos malgastando tu talento en encargos menores —el guerrillero volvió con un fusil entre sus manos, que entregó al instructor.

—¿Qué es esto?

—Es un *Corner Shot*, un fusil de cañón móvil. Puedes disparar a tu blanco escondido tras una esquina, sin ser visto. Vamos a alejarnos más de las dianas, quiero ver qué tal lo haces.

Subieron a una loma desde la que dominaban el campo de tiro. El instructor le señaló una de las dianas y una gran roca, para que se colocase detrás.

—Imagina que estás en Madrid y que el Borbón acaba de salir de su coche oficial, pero tú no quieres atraer la atención de los escoltas para asegurarte una vía de huida.

El fusil disponía de una pantalla de cristal líquido, desde la que podía centrar su objetivo y hacer zoom sobre la imagen sin abandonar su parapeto. Un dispositivo electrónico medía la dirección e intensidad del viento, para compensar la trayectoria de la bala.

Se concentró en el blanco. Podía errar el tiro y aparentar que era un mal tirador, pero sus puntuaciones en las dianas eran las mejores del grupo; no podía ahora fingir que no sabía disparar.

—¿En serio pensabais cargártelo con esto? —dijo Mauro, apoyando firmemente la culata en el hombro—. ¿Con un fusil que dispara desde las esquinas?

—Con una bomba. Descubrieron a nuestro hombre con los planos del edificio; ese tío es un patán, por su culpa hemos perdido un piso en Madrid y evacuado a dos guerrilleros a toda prisa.

—¿No tenéis contactos en la policía que os ayuden en estos casos? —Mauro apretó el gatillo. Vio en la pantalla cómo el proyectil impactaba dentro del primer círculo interior.

El instructor cabeceó aprobatoriamente.

—Nuestro hombre no ha sido detenido por la policía; ha desaparecido, sin más. Dispara otra vez, quiero ver si ha sido suerte.

Se había levantado una racha de viento, pero eso no tendría por qué desviar el tiro. Mauro repitió el disparo. El impacto quedó ligeramente a la izquierda del anterior, pero a una distancia similar al centro geométrico.

—Alguien pretende devolvernos los golpes usando nuestros métodos —continuó el instructor—. Quizá no sean muchos, pero están bien organizados. Reciben apoyo extraoficial de funcionarios y particulares que no han aceptado la ley de amnistía.

—Hay algo que no entiendo —Mauro se incorporó—. ¿Por qué matar a un rey que ya no es rey, y que no pinta nada en España?

—Podría decirte que es un acto propagandístico para demostrar nuestro poder, pero pronto ibas a averiguar la verdad —sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo, ofreciéndole uno.

—Gracias, no me apetece —rechazó Mauro.

—La organización dejará que un grupo separatista catalán se adjudique el mérito. Nadie sabrá que ha sido obra nuestra, excepto unas cuantas personas que estén al tanto. Tú serás una de ellas.



—Sé guardar un secreto. Continúa.

—Este asunto es una venganza personal. El general Carmona ha presionado al GARRE para que se emprendiese una acción de castigo contra el Rey. Antes de que estallase la guerra, Carmona viajó a Roma para que Felipe VI se uniese al alzamiento, pero el Borbón se negó y además se chivó al Gobierno. El general no se lo ha perdonado.

—Carmona lleva en paradero desconocido desde el asedio a Valencia, hace seis meses. ¿Por qué el GARRE atiende las demandas de un cobarde?

—No creo que tema nada de la República —el instructor exhaló una turbia bocanada de humo—. La ley de amnistía le beneficia, como a todos. Se esconde de sus antiguos compañeros de armas.

—Los hombres de Montoro.

—Sí, se la tienen jurada. Carmona se rebeló contra su capitán general. En el código de honor castrense, solo hay un castigo para ese crimen: la muerte. Aunque la República le haya perdonado, Montoro sigue esperando la ocasión para ajustar cuentas con él.

—Lo que decía, un cobarde —Mauro se sacudió el polvo de sus pantalones—. Si Carmona tiene tanto interés en matar a un rey destronado, podría reunir valor para hacerlo sin ayuda.

—El general proporciona a la organización recursos muy valiosos. Si quiere algo de nosotros, tenemos que escucharle.

—Ya no es general.

—Sí, qué irónico: un general que no es general quiere que matemos a un rey que ya no es rey. Pero aquí no cuestionamos las órdenes. Eso es lo que acabó con el mando de Carmona, y con el alzamiento. Si el ejército nacional hubiera mostrado unidad frente al enemigo, la República habría sido derrotada y ahora no seríamos nosotros los que estaríamos en el monte.

—Haré lo que se espera de mí —Mauro dibujó un rictus sarcástico—. ¿Puedo quedarme el rifle?

—Por supuesto. Tendrás que practicar más, pero no queremos que demores este encargo.

—Necesitaré un nuevo piso franco en Madrid. Y no llevaré a cabo la acción a menos que tenga garantizada la huida.

—Deja los detalles de intendencia de nuestra cuenta.

—¿Tendré ayuda?

—El atentado con bomba fracasó porque había demasiada gente informada. No queremos repetir el error. Te brindaremos apoyo logístico puntual, pero el contenido de la operación es secreto. No puedes hablar de esto con nadie.

La charla había terminado y Mauro regresó a la pista de entrenamiento, para completar los ejercicios de ese día. Tuvieron el detalle de ahorrarle la marcha de regreso y volvió sentado cómodamente en un todoterreno al pueblo de Grazalema. En la plaza estaba estacionado su Toyota deportivo.

En la seguridad del coche, escondió el rifle, desmontado y guardado en una bolsa de viaje, y comprobó sus mensajes pendientes. Nunca llevaba encima el teléfono móvil en estos casos; una llamada inoportuna podía dar al traste con una operación, si a alguien se le ocurría rastrear los números de su agenda o el origen de las llamadas perdidas.

Tenía un mensaje cifrado de correo electrónico, dirigido a su identidad en clave, Lacertus. El origen estaba oculto, pero tras consultar el código de autenticación del remitente, supo que se trataba de Resnizky.

El magnate ruso le pedía que se trasladase a Gibraltar, para activar la primera fase de la operación Aníbal.

Esto lo complicaba todo. Tenía órdenes de regresar a Madrid y preparar el atentado contra Felipe VI. Este nuevo encargo interfería con sus obligaciones en el GARRE, y podría hacer saltar por los aires su tapadera.

No le gustaba tener que pedir confirmación, y menos a Resnizky, un empresario que había comprado media costa del Sol, y tenía en nómina a un ministro y una docena de altos cargos. No se podían ignorar sus instrucciones o demorar su cumplimiento; Mauro sabía manejar a los mandos del GARRE, incluso pedía explicaciones sobre una orden, como había hecho en el campo de tiro, sin sufrir las consecuencias, pero Resnizky era diferente. Había levantado un imperio

comercial que extendía sus tentáculos más allá de Rusia. Se decía que el presidente ruso solo era uno de sus testaferros, y que quien manejaba los asuntos en el Kremlin era él. Mauro no creía que su poder llegase a tanto, pero su desembarco en España parecía incontenible; los periódicos se hacían eco de su última adquisición, Iberdrola, amén de abundantes contratos públicos adjudicados a su grupo empresarial.

Resnizky no ayudaba a la República gratis. Quería a cambio el control del Gobierno.

Y la operación Aníbal podría ser el inicio del asalto frontal a las instituciones del poder. Mauro era consciente de lo mucho que estaba en juego, y de que una vez iniciada la operación Aníbal, no podría detenerla. Pero también sabía que Resnizky tendría a más agentes en reserva, y que si no hacía lo que se esperaba de él, debería irse de España y esconderse en algún país en el que los rusos no pudieran encontrarle.

Por otro lado, siempre cabía la posibilidad de que la República no se dejase arrastrar por los planes de Resnizky, y que la operación Aníbal terminase en un incidente diplomático sin ir a mayores. Aún tenía que quedar un resto de cordura en los políticos, que les hiciese recapacitar. No podían ser tan estúpidos para dejarse manejar de ese modo.

O tal vez sí. Bueno, tampoco era asunto suyo.

Abrió el navegador del vehículo y eligió su nuevo punto de destino.

Gibraltar.

## CAPÍTULO 3

### I

Julián Maeso se paseaba por su despacho, inquieto. A las doce de la mañana estaban citados el líder de la derecha, Pedro Saldaña, y el secretario general del partido comunista, Emilio Tejada. Este último ya había manifestado su negativa a reunirse junto al dirigente de Unidad Nacional, un partido sospechoso de haber apoyado el golpe de Estado, a pesar de que se había demostrado que Saldaña —que sustituía al malogrado Alejandro Zamora, muerto en un atentado— no poseía vinculaciones con los rebeldes, y se esforzaba por renovar internamente el partido para lavar la imagen y desvincularlo de los errores que algunos de sus representantes hubieran cometido en el pasado.

Ninguna de esas razones convencían a Tejada.

El gobierno de la nación estaba en un punto crítico y la reforma electoral en curso, pactada con el general Montoro para poner fin a la guerra, desterraba a los nacionalistas al Senado, dejando el Congreso como cámara de los partidos estatales. Puesto que el Congreso conservaba el veto sobre aquellas modificaciones que el Senado introdujese sobre las leyes, en la práctica se despojaba a los nacionalistas de todo el poder que habían ostentado desde la transición. Y obviamente, no iban a permitirlo de buen grado. El partido socialista se había quedado sin apoyos y su debilidad parlamentaria amenazaba con paralizar la actividad legislativa hasta la

renovación del Parlamento, en que tendría efecto la reforma electoral.

En este panorama, Maeso necesitaba buscar apoyos donde pudiese. Con una excepción: Renovación Socialista. Hablar de pactos con el partido de Sajardo era amenazar con una nueva revuelta dentro de la familia socialista. Ya había tenido suficientes sobresaltos en los últimos meses. Sajardo se quedaría fuera, pero Unidad Nacional podría tener cabida en un gobierno de concentración, junto con algún ministro comunista, hasta la próxima cita con las urnas. Maeso había analizado la trayectoria de Saldaña y parecía un moderado alejado del verbo incendiario de su predecesor. El nuevo líder de la derecha era de perfil gris, discreto y sosegado; nadie habría apostado por él como sustituto de Alejandro Zamora, de no ser por la guerra y porque otros candidatos mejor situados resultaron ser amigos de Montoro o sus adláteres. Unidad Nacional se enfrentaba a un profundo cambio si quería recuperar la confianza de los ciudadanos, y su nuevo líder se perfilaba como el hombre perfecto para la tarea.

Saldaña acudió fiel a la cita, siendo recibido en la escalinata de la Moncloa por Maeso. Ningún fotógrafo fue convocado para dejar constancia del encuentro. Maeso sabía que el presidente de la República no quería oír hablar de acuerdos con la derecha, y la verdad es que no le faltaba razón; pero por encima de las ideologías estaba el interés de los ciudadanos, y si los demócratas no mostraban una imagen de cohesión, alguien aprovecharía aquella fractura en beneficio propio.

—No veo a Tejada por aquí —dijo el líder de Unidad Nacional, pasando al despacho de Maeso—. ¿Le esperamos o empezamos sin él?

—No parece que Tejada esté por la labor de llegar a acuerdos. Yo preferiría que entrase en el Ejecutivo, aunque fuese de forma testimonial, pero él cree que participar en un gobierno de concentración le restará votos.

—He escuchado sus declaraciones en Radio Nacional esta mañana: no acude porque no quiere entrar en un gabinete que cuente con ministros fascistas. La política de frentes fue la que incendió este país en 1936.

—Me ha costado mucho conseguir apoyos para mi idea de un gobierno de concentración. Duarte no está de acuerdo.

—Vaya —Saldaña cruzó las manos sobre sus rodillas; la división interna de los socialistas era buena para Unidad Nacional, una razón más para aceptar participar en el Gobierno—. ¿Y qué te propones hacer?

—Yo soy el presidente del Gobierno y a mí me corresponde nombrar y cesar a los ministros.

—Me alegra que dejes claro esto desde el principio, porque mi partido no desea injerencias de Zarzuela en la labor de nuestros ministros, caso de que aceptemos ese gobierno de concentración que nos ofreces.

—Antes de llegar a eso, yo también quiero aclarar unas cuantas cosas, Pedro. Si te ofrezco entrar en el Consejo de Ministros será con una condición: has de ser leal.

—Siempre he sido leal a mi país.

—Quiero que cese la campaña de calumnias contra el Gobierno, en la que se le acusa de connivencia con los golpistas.

—Los disparos van dirigidos a Duarte. Tú estabas en el Congreso el día del asalto, al igual que yo. Todos vimos lo que pasó, pero ninguno vio a Duarte. Había anunciado su aparición y escurrió el bulto. ¿Por qué cambió de parecer?

—La campaña me abarca a mí. Decís que fui liberado por Montoro porque teníamos un pacto previo, pero la mascarada se nos fue de las manos por culpa de Carmona.

—Julián, sabes cómo funciona esto, tenemos que contrarrestar las críticas de vuestros medios, que nos acusan de haber apoyado el golpe.

—¿Y no era cierto?

—Confundes la actuación de un pequeño grupo de personas con el partido. Imagina que yo juzgase a todos los socialistas por lo que hizo Ledesma, y os acusase de crear escuadrones de la muerte para eliminar a la oposición. Las generalizaciones son peligrosas, Julián. No se puede criminalizar a un partido por la actuación de unos pocos.

—Quiero tu palabra de que los ataques cesarán. La deslegitimación de las instituciones nos perjudica a todos. Perjudica a la democracia.

—Estoy dispuesto a una tregua, si vuestros periodistas dejan de insultarnos. Pero antes de decidir si acepto entrar en un gobierno de concentración, quiero que me aclares si es cierto que planeáis un referéndum para sacar a España de la OTAN.

Maeso se preguntó si Sajardo se había ido de la lengua. En cualquier caso, ya era inútil negarlo. Tenía que acostumbrarse a tratar a Saldaña como un socio de gobierno, y no como un adversario. Francamente, le sería difícil adecuar sus procesos mentales a eso.

—Es una decisión personal de Duarte. La Constitución le reserva la potestad de convocar referendos, y va a utilizarla.

—¿Cuál es tu opinión sobre esa consulta?

—Creo que no es el momento para hacerla, aunque en el fondo comparta las razones de Duarte. Los Estados Unidos crearon la OTAN para fortalecer su política geoestratégica. Europa tuvo que pagar un precio por el desembarco de Normandía, pero España no fue liberada por los americanos. No hicieron nada para restaurar la democracia; al contrario, pactaron con Franco y...

—Eso pasó hace mucho tiempo. ¿Qué importa lo que ocurrió entonces? Por Dios, Julián, estamos en el siglo XXI. España no puede volver a quedarse aislada. Necesitamos un ejército moderno y profesional, que participe en las acciones de nuestros aliados.

—Estaríamos dispuestos a contribuir en un sistema de defensa exclusivamente europeo, pero mientras la OTAN siga en manos de los Estados Unidos, continuar en ella perjudica nuestra seguridad. Además, en el referéndum de 1986 se decidió que España no entraría en ningún caso en la estructura militar, pero más adelante llegó la derecha e ignoró las condiciones aprobadas por el pueblo. Tenemos que reparar ese déficit democrático y devolver la voz a los ciudadanos.

—Tiene gracia eso que dices. Los socialistas desataron una agresiva campaña en contra de la OTAN para alcanzar el poder, y una vez logrado su objetivo, hicieron lo contrario de lo que prometieron. Y tú me hablas ahora de déficit democrático. ¿A quién le importa a estas alturas? Usasteis vuestra maquinaria de propaganda de forma eficaz y funcionó.

Os felicito, pero no deis ahora brindis al sol; engañasteis a la gente para llegar a la Moncloa, y ahora algunos tenéis mala conciencia. Nosotros, al menos, siempre hemos sido consecuentes con la OTAN. Sabemos cuál es el lugar de España: en Europa, dentro de Occidente, no en el agujero donde Duarte nos ha metido.

—No somos responsables de las decisiones que se tomaron durante la transición —dijo Maeso, molesto por el tono agresivo de Saldaña. Pensaba que iba a ser fácil de manejar, pero se estaba equivocando con él—. Las cosas no se hicieron bien entonces.

—Sí se hicieron bien. Felipe González sabía desde el principio que no podría salir de la OTAN. No tenía otra opción. Y vosotros tampoco la teníais cuando desafiasteis a Washington. ¿Pensabais que podríais demonizarlos sin sufrir las consecuencias?

—Espero que no estés justificando lo que pasó.

—Solo digo que quien siembra vientos recoge tempestades. Vuestra política exterior ha sido desastrosa para España. Y de la interior, mejor no hablamos.

Maeso empezó a pensar que debería haber hecho caso a Duarte, y seguir gobernando en minoría hasta las próximas elecciones. A pesar de su apariencia de hombre moderado, Saldaña no desaprovechaba una oportunidad para enseñar sus garras. Intentaba arrinconarle, y lo peor era que no podía rebatir muchos de sus reproches.

—Después de lo sucedido durante la guerra, deberías apoyar el sí a la salida de la Alianza Atlántica —dijo el presidente del Gobierno.

—Vuestra alternativa es cambiar a los americanos por los rusos —Saldaña hizo una mueca—. Brillante. Después de ver en qué se ha convertido España gracias a vosotros, no me sorprende.

—Nadie nos quiere ayudar. Si los sueldos de los funcionarios no se pagan, nos enfrentamos a una nueva rebelión.

—Y aceptáis el dinero de un gobierno extranjero que disculpa lo que hizo Stalin.



—A lo mejor a ti se te ocurren otras ideas para conseguir ingresos.

—Desde luego que sí, tengo muchas. Y para ponerlas en práctica, necesitaré las carteras de Economía y Hacienda, y Obras Públicas. Aparte de la vicepresidencia, claro. Ah, el ministerio de Comunicación tendrá que desaparecer. No aprobamos la gestión de Cuello: está creando una Gestapo encubierta en España.

Maeso no respondió. Le avergonzaba admitir ante el líder de la oposición que Cuello había sido una imposición —otra más— de la Zarzuela. Ni el ministerio tenía razón de ser ni Cuello era la persona idónea para el puesto. Los informes que le habían llegado sobre el antiguo tesorero del partido socialista no hablaban demasiado bien de su persona. Cuello había acumulado un patrimonio exorbitado, y no había que ser muy despierto para deducir su procedencia. Sin embargo, había sacado a la República de la quiebra. Políticos corruptos los había habido siempre, y por desgracia los seguiría habiendo, pero las terribles consecuencias de una guerra convertían en triviales algunos comportamientos que, en otras circunstancias, ni siquiera Duarte habría pasado por alto.

Eso no quería decir que Cuello tuviese que seguir al frente del ministerio. Maeso no lo quería en el gabinete, y si Saldaña iba a ser su vicepresidente, ya no tendría por qué aguantar a aquel sinvergüenza en Comunicación. Que volviese a su cargo de tesorero o que Duarte lo nombrase asesor de Zarzuela, pero no quería ver su cara en el consejo de ministros.

—No deseo que España se convierta en un país satélite de Rusia —dijo Saldaña—. Para eso prefiero a los Estados Unidos.

—Lo ideal sería que no tuviésemos que depender de ninguno de los dos.

—Pero no vivimos en un mundo ideal.

—Desde luego —murmuró Maeso, sombrío.

—Únicamente me mueve el interés de España, presidente. Desde los ministerios económicos buscaré nuevos

aliados que no comprometan nuestra soberanía ni nuestra libertad.

—Me gustaría saber cómo te propones lograr eso.

—Recuperando la confianza en España, creando condiciones para que los inversores vuelvan. Y pulsando algunos contactos.

—¿Qué clase de contactos? —Maeso no olvidaba que Saldaña había cursado la carrera de Derecho en Harvard, becado por la universidad. Durante su época en los Estados Unidos había hecho toda clase de amistades, que más tarde le ayudarían en su carrera política.

—La confianza es un camino que tiene dos sentidos, presidente. Si queremos superar la crisis, no debemos mirar atrás.

—Meditaré tu petición de las carteras económicas —Maeso le estrechó la mano, dando por finalizado el encuentro—. Gracias por tu tiempo. Te comunicaré mi respuesta en breve.

## II

El reportaje sobre la trama de corrupción de Cuello estaba dando un nuevo paso, que Javier intuía decisivo. Su misterioso informante había accedido a entrevistarse con él, para proporcionarle nuevos detalles. Aunque sus fuentes solían exigir el anonimato, Javier hablaba personalmente con ellos antes de publicar cualquier reportaje: veía sus caras para saber quién estaba detrás de una información que podía convertirse en el reportaje del año, o en una demanda judicial por calumnias que acarrearase el fin de su carrera. Sus anteriores investigaciones acerca del ejército catalán o la implicación de los Guardianes de la República en el asesinato del lendakari, le habían ganado numerosos enemigos. Si le estaban tendiendo una trampa o se trataba de información genuina, esperaba descubrirlo tras su encuentro con el informante.

Merodeó por los alrededores del palacio de cristal del madrileño Parque del Retiro, observando a las personas que se

cruzaban por su camino. No sabía a quién buscar; su contacto sería quien tenía que hacerse notar, pero habían pasado veinte minutos de la hora convenida y nadie se acercaba. Javier había dudado hasta el último momento de avisar a Celia para que le acompañase, pero eso podría haber ahuyentado a su fuente, que había especificado que solo le entregaría la información a él; además, no quería darle a su compañera más intervención que la necesaria.

Celia tenía amigos influyentes en los servicios de inteligencia y de sus palabras se deducía que también en algunos círculos cercanos al Gobierno. Quizá acabase revelándose más un obstáculo que una ayuda. Ella parecía saberlo todo de él, de su relación con Joana, de sus problemas con Martín, de su obsesión por capturar a Brizuela; pero él apenas conocía nada de ella, salvo que perdió a sus padres durante el asalto del ejército rebelde a Almansa. Celia había pedido trabajar con él porque decía admirar su trabajo, pero le estaba empujando hacia un mundo del que él hubiera preferido mantenerse apartado. Un mundo construido a partir del odio que se había cobrado la vida de Joana y que había llevado a su país a la guerra.

La línea que separaba a la justicia de la venganza no siempre era nítida; desde un punto de vista intelectual, él comprendía que lo que hacía Celia no estaba bien; pretendía tomarse la justicia por su mano, pero las decisiones emanadas del Parlamento, por mucho que le repugnasen, había que acatarlas. Si entre todos no respetaban el estado de Derecho, acabarían quedándose sin él. Eso era lo que pensaba el lado analítico de su cerebro; pero el otro, el que interpretaba sus emociones, veía que el asesino de Joana estaba en la calle, y también el responsable de haber arrasado la ciudad de Almansa, matando a los padres de Celia. La realidad era que se podía asaltar el Congreso y sembrar las calles de terror sin que nadie pagase por ello. Ese lado emocional era el que ahora dominaba en su cerebro. Anulaba sus razonamientos, silenciaba las alarmas y deseaba ver a Brizuela arrojado al interior de un zulo, sin luz ni agua, donde encontraría la muerte que merecía. Por las noches, se despertaba en mitad de terribles pesadillas y veía a su amiga torturada por su verdugo,

en una agonía sin fin; él la buscaba por todo Madrid, creía llegar a tiempo de liberarla y en el último momento, descubriría su cadáver en el depósito de la Almudena. Hiciese lo que hiciese, siempre llegaba tarde.

Consultó su reloj. Había pasado más de media hora y se estaba hartando de dar vueltas alrededor del estanque. Amenazaba tormenta y no había cogido un paraguas. Puede que su informante se hubiese arrepentido en el último momento. Lo mejor sería salir del parque y entrar en el Metro, antes de que empezase a llover.

—Espere, no se vaya —dijo una voz a su espalda.

Javier se dio la vuelta. Una mujer de unos cuarenta años, vestida con vaqueros y suéter rojo, se acercó a él. Llevaba un amplio bolso bandolera colgado al hombro.

—Quería estar segura de que venía solo —le estrechó la mano—. Me llamo Teresa Martínez. Yo fui la que le envió por correo electrónico la información que compromete al ministro Cuello.

—¿Cómo ha conseguido esa información?

—Eso ahora no importa. Vamos a dar un paseo. ¿Esperaba a un hombre?

—A la hora que es, ya no esperaba a nadie —Javier alzó la vista al cielo—. Quizá deberíamos ir a un sitio a cubierto.

—He traído paraguas, no se preocupe. Este es un lugar tranquilo. No nos interrumpirán.

—Necesito saber quién es usted y para quién trabaja.

—Ya le he dicho mi nombre; y trabajo para mí misma. Soy una amiga de la República. Quiero lo mejor para mi país, como usted. He seguido con atención su trayectoria profesional. Se enfrentó a los catalanes y al secretario general del partido socialista. No tiene miedo.

—Un periodista no debe tenerlo, si ama su profesión.

—Y si ama la verdad. Es un valor escaso en los tiempos que corren.

—¿Va a decirme ya quién la envía? Ningún particular puede acceder por sí mismo a los movimientos de cuentas bancarias secretas del peñón.

La mujer sonrió:

—¿Le gustaría saber por qué Cuello sacó todo su dinero de Gibraltar?

—No quiere responder a mi pregunta.

—Si desea saber por qué motivo le doy esta información, es fácil de explicar: usted y Celia no son los únicos que quieren ajustar cuentas a la República.

Javier se detuvo y la miró fijamente:

—No meta a Celia en esto.

—Yo no la he metido. Ha sido usted. Sabemos que ha buscado ayuda para contrastar la información que le envié sobre Cuello.

—Acaba de hablar en plural.

—Está emprendiendo un camino equivocado. Si quiere que los malos reciban su castigo, hay otros métodos. Aléjese de las malas compañías.

—¿De qué me está hablando?

—Métodos legales. La verdad es más poderosa que las pistolas —Teresa abrió su bolso y le entregó una carpeta de documentos—. Este es el motivo por el que Cuello sacó su dinero de Gibraltar con tanta precipitación.

Javier abrió la carpeta.

—¿Operación Aníbal? —se puso a leer la primera página del dossier—. Esto no puede... no puede ser, es una broma —siguió examinando la documentación, sin darle crédito—. Es absurdo, sería una locura.

—Una locura sí. Pero le aseguro que no es una broma.

—No me lo creo. Después de lo que ha pasado en España, esta operación sería un suicidio.

—Nunca subestime la capacidad de los políticos para sorprendernos, Javier. Este plan fue ensayado en otras épocas y latitudes con resultados deplorables, pero nadie escarmienta en cabeza ajena. La acusación más dura que se ha hecho a Duarte es de ser un traidor, de mostrar su cobardía al pactar con Marruecos a costa de Ceuta y Melilla, aunque la presión de Montoro le obligó a dar marcha atrás. Parece que el presidente de la República ha encontrado el modo de demostrarnos que es un patriota.

—Él no cometería este disparate. Duarte frenó a los golpistas. Si no se hubiese puesto del lado de la democracia, España estaría gobernada por una junta militar.

—Duarte firmó la ley de amnistía que tanto le molesta a usted. La guerra le ha cambiado, ya no es la misma persona. Sus colaboradores más cercanos se han distanciado; Duarte y el presidente del Gobierno llevan semanas sin hablarse. ¿No lo sabía?

—No.

—Es un pésimo estratega; no fue mérito suyo que los rebeldes depusieran las armas, sino del presidente del Gobierno y del jefe del Estado Mayor.

—¿Y qué opina Maeso de este plan?

—Nada. Creemos que no lo sabe.

—¿Cómo puede ignorar el presidente del Gobierno una operación de este calibre?

—Duarte ya no se fía de él. Maeso tendrá que aceptar los hechos consumados.

Javier sostenía la carpeta entre sus manos, vacilante. Una gota de lluvia impactó contra su nariz y resbaló hasta caer sobre el papel.

—No puedo publicarlo sin pruebas —dijo.

—Le daré algunos nombres que le ayudarán, pero le advierto que no tenemos mucho tiempo. El plan podría ya estar en marcha. Por eso es importante que se mueva con rapidez. Solo si llega a los medios de comunicación podría abortarse.

La lluvia comenzaba a caer. Javier guardó la carpeta bajo el brazo y Teresa abrió su paraguas plegable, demasiado pequeño para que los dos pudieran resguardarse bajo él.

No creía en la palabra de aquella mujer ni en la demencial operación Aníbal que intentaba hacerle tragar; sería el hazmerreír de la profesión si esa información se publicaba y luego resultaba ser falsa. Pero por otro lado, los datos que tenía sobre el patrimonio de Cuello y sus movimientos bancarios eran auténticos. A menos, claro, que aquella mujer hubiese envuelto una mentira entre verdades para que la digiriese mejor.

Seguía dudando. Aunque improbable, existía una posibilidad de que la operación Aníbal fuese cierta. Mientras no publicase nada en el periódico, no perdía nada investigando adónde conducía ese embrollo, salvo el sueldo que le pagaba Martín por trabajar. Bueno, después de lo que le había hecho a Joana ese canalla, y de cómo les exprimió a los dos mientras estuvieron trabajando de autónomos para el diario, cobrando a destajo por reportajes realizados, sin compensaciones por horas extra o días festivos, bien podía malgastar el tiempo de la empresa en lo que le apeteciese.

—Está bien —dijo—. Déme esos nombres.

### III

Soplaba un desagradable viento en la terraza de la cafetería, que había ahuyentado a los clientes. Mauro tomó un sorbo de whisky, ignorando el frío, y desvió la mirada al mar. Dos embarcaciones guardacostas de la Royal Navy surcaban el mar a lo lejos. Los ingleses se habían arrogado unilateralmente la soberanía sobre las aguas que rodeaban el peñón de Gibraltar; empezaron tomando tres millas, y luego, por qué no, tres más, a pesar de que el tratado de Utrecht no les concedía ningún derecho sobre el mar. No contentos con eso, también se dedicaban a hostigar a las patrulleras de la Guardia Civil que perseguían a narcotraficantes que usaban la colonia inglesa como santuario. Mauro sabía que Gibraltar funcionaba, como muchos pequeños principados o estados liliputienses, gracias a los fondos del crimen organizado. La Guardia Civil no era bienvenida en el estrecho, y no porque se adentrase en aguas que los británicos reclamaban como propias, sino porque la Benemérita representaba un estorbo para los negocios que mantenían a flote la economía de la Roca.

Mauro despreciaba a un país que se decía europeo, pero que mantenía una colonia sobre otro país europeo con el que compartía instituciones comunitarias. Por fortuna, a los ingleses se les estaba acabando la suerte. Su primer ministro se había desmarcado de la política exterior de su socio

estadounidense; desde Downing Street se advertía a la Casa Blanca que el Reino Unido no prestaría su apoyo a una nueva guerra en Oriente Medio, amparada o no en la amenaza terrorista o el desafío nuclear de potencias hostiles. El precedente de Irak seguía pesando en la memoria de los británicos, que no querían ser utilizados de nuevo como comparsas en guerras ajenas.

Sin su amigo americano, los británicos no podrían conservar durante mucho tiempo la soberanía sobre el peñón. Tendrían que desmontar sus lavanderías de dinero negro y volver a sus islas, de donde nunca deberían haber salido.

Mauro se sentía orgulloso de formar parte de aquel momento.

Dos agentes de la Guardia Civil, de paisano, se sentaron a su mesa. Juanjo y Ricardo llevaban algún tiempo en Gibraltar, investigando las conexiones entre la mafia, el GARRE y las autoridades de la Roca. La organización terrorista en la que Mauro se había infiltrado, además de tener campos de entrenamiento en Cádiz, utilizaba Gibraltar como retaguardia para aprovisionarse y planear atentados. En las últimas semanas se había detectado la presencia de varios cabecillas del GARRE y camaradas de cuatro países europeos. Los guardias civiles habían colocado micrófonos en las habitaciones de un lujoso hotel de Gibraltar donde se hospedaban. Tenían más de veinte horas de grabaciones.

Mauro les explicó a los agentes que venía de la sierra de Grazalema, de realizar prácticas de tiro. No les mencionó el encargo que había recibido sobre Felipe de Borbón; no era asunto de ellos.

Ricardo, el más veterano de los guardias, le mostró unas fotografías de los jefes de la organización. Al dorso estaban anotados los nombres de cada uno y el cargo que ocupaban en el organigrama.

—Ese del pelo blanco es Abangnale; dirige Catena, la rama italiana de Gladio. Ha sido enviado a España para apoyar al GARRE en operaciones de desestabilización. Y este de la izquierda... espera, hay por aquí una foto donde se le ve mejor la cara... Se llama Oliveira. Coordina las actividades de Gladio



en la península ibérica y sur de Francia. Nunca habíamos visto a tantos miembros de la red juntos.

—Es a causa de los rusos —mencionó Mauro, como si la conexión tuviese que ser evidente para los guardias.

El camarero se acercó a tomar nota. Esperaron a que anotase los encargos y se marchase para continuar.

—¿Hay agentes del SVR también en Gibraltar? —preguntó Juanjo.

Mauro sacudió la cabeza:

—La República está firmando acuerdos comerciales con empresas rusas. Contratos de millones de euros. Moscú se ha convertido en socio estratégico de nuestro gobierno. Por eso Gladio se mueve tanto.

—Y porque Duarte quiere sacarnos de la OTAN —dijo Ricardo.

—Es un secreto a voces, pero sí —confirmó Mauro—, en el CNI sabemos desde hace tiempo que el presidente quiere abandonar la Alianza—. Gladio se creó al finalizar la segunda guerra mundial para combatir el comunismo. Aunque la Unión Soviética desapareció, la OTAN no ha disuelto los comandos. Y España es ahora un punto caliente. Tienen a un gobierno hostil en Madrid y eso les preocupa mucho. Si yo estuviese en su pellejo, también estaría nervioso.

—Se preocuparán aún más, cuando sepan lo que hemos descubierto —dijo Juanjo.

—Por eso quería veros. Necesito una copia de todas vuestras grabaciones y el material gráfico. Os están siguiendo.

Los guardias se intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Quién?

—Alguien debió de alertar al personal de seguridad del hotel. En estos momentos estarán poniendo patas arriba todo el edificio. No podéis regresar; es más, tenéis que abandonar el peñón antes de media hora. ¿Habéis traído la copia?

—Bueno, sí, pero ...—Ricardo sacó del interior de su chaqueta un pendrive—. Se suponía que debíamos entregarla personalmente a nuestro coronel.

—Podrían interceptaros mientras intentáis salir de Gibraltar. El CNI no puede arriesgarse a que se pierda esta información. En el puerto os espera una lancha con el depósito

lleno. Tendréis que esquivar a los guardacostas ingleses y escapar a toda velocidad. Si os dan el alto, ignoradlo. Hemos avisado a dos patrulleras de la Guardia Civil, que os cubrirán la huida en caso de problemas.

—No sé, me parece que antes debería contactar con mi superior —insistió Ricardo.

—¿Habéis cambiado la tarjeta SIM de vuestros teléfonos móviles?

—No.

—Sois un par de aficionados. La policía británica podría capturaros en cualquier momento, rastreando la señal que emiten. Lo raro es que hayáis escapado con vida del hotel.

—Podemos llamarle por una cabina telefónica.

—No hay tiempo. Dádmelos ahora mismo.

Los guardias obedecieron. Mauro retiró la batería de los móviles.

—Cuando lleguéis al cuartel, podréis volver a usarlos. Antes, ni se os ocurra. Ahora, debéis ir al puerto —les entregó las llaves de la lancha—. Yo invito a los cafés.

Los agentes se levantaron. Ricardo todavía dudaba, pero no tenía forma de corroborar esas órdenes. Caminaron hacia el puerto mientras Mauro pagaba las consumiciones y se iba en otra dirección.

—Hay algo en ese hombre que no me gusta —comentó Ricardo.

—¿El qué?

—Creo que no nos ha contado toda la verdad.

—Desde luego que no —rió Juanjo—. Los espías son así. Lo llevan en la sangre.

—He oído que le voló la cabeza a un tío para que sus compañeros del GARRE no sospechasen.

—Si no hubiera sido él, habría sido otro.

—Juanjo, nosotros no hacemos eso. No es misión de las fuerzas de seguridad matar a la gente.

Llegaron a la lancha. Ricardo comenzó instintivamente a registrarla, en busca de algo sospechoso.

—¿Crees que si pusiese una bomba, la dejaría en un lugar que pudiésemos verla? Si hubiese explosivos, estarían bajo el casco.

—Estoy comprobando si el mecanismo de encendido ha sido manipulado —dijo Ricardo, esforzándose en no parecer estúpido. Tras unos instantes de vacilación, giró la llave de contacto.

El motor se puso en marcha y la lancha arrancó bruscamente, lanzándolos contra sus asientos.

—¿Y si Mauro no es quien dice ser? —Ricardo seguía dándole vueltas obsesivamente a aquella idea.

—Entonces, estaríamos jodidos.

Una embarcación guardacostas de la Royal Navy se acercaba a gran velocidad desde estribor. Desde un megáfono, se les conminaba en inglés a que detuviesen la lancha. Ricardo viró a babor y aumentó la velocidad.

El guardacostas lanzó varios disparos de ametralladora. Los proyectiles pasaban muy cerca del casco; demasiado para tratarse de una advertencia.

—¡Esos hijos de puta tiran a dar! —gritó Ricardo—. ¿Dónde coño se han metido las patrulleras que iban a cubrirnos?

—Allí se aproxima una —señaló Juanjo—. Date prisa, esos cabrones están acelerando.

—Voy todo lo deprisa que me permite este trasto. Lanza un SOS por radio —Ricardo miraba nervioso hacia atrás, viendo cómo la distancia con la embarcación inglesa se acortaba. Una nueva ráfaga barrió la popa y les obligó a tirarse al suelo. Los proyectiles astillaron parte de la madera del casco y uno de ellos impactó contra el cuadro de mandos, destrozando la brújula de navegación. No era importante, el GPS podría orientarles sin necesidad de instrumentos náuticos, pero su prioridad era escapar de allí como fuese.

Lamentablemente, lo que creían que era una patrullera de la Guardia Civil se reveló otro guardacostas inglés, que trataba de cerrarles la huida.

Ricardo volvió a girar la lancha, tratando de esquivar a la segunda embarcación, que abrió fuego contra ellos, esta vez sin previa advertencia por megafonía. Sabían perfectamente quiénes eran y qué información intentaban sacar del peñón.

Venían a matarlos.

—¡La radio! ¡Qué pasa con la maldita radio!

—Estoy intentando mandar un... —Juanjo soltó el micrófono. Una bala le había alcanzado el hombro.

—¡Agáchate, joder!

Un mamparo de proa se desintegró por el impacto de varios proyectiles. Las astillas llovían sobre sus cabezas, mezcladas con las balas. Tras ellos, el barco guardacostas reducía distancias y se preparaba para una nueva andanada.

—Ponle las baterías a los móviles y avisa al coronel —dijo Ricardo—. Hay que decirle qué está pasando.

Juanjo no contestó. Trataba de hablar, pero se estaba ahogando con su propia sangre. Su pecho se hallaba cubierto de una mancha roja en expansión.

Ricardo recuperó su móvil, colocó de nuevo la batería y marcó el número de su jefe. Ese sinvergüenza de Mauro se la había jugado, pero no le iba a salir gratis.

El móvil no tenía cobertura, y el ruido de la estática crepitaba en el altavoz de la radio. Los guardacostas usaban contra ellos inhibidores de frecuencia, para evitar que pidiesen auxilio.

Los barcos guardacostas estrechaban el cerco. Ricardo sacó su pistola e intentó apuntar a algún inglés que viese en cubierta. Al menos tendría la satisfacción de llevarse a alguno por delante antes de que lo matasen. Pero su pistola no era rival para la ametralladora que se cebó con él en cuanto asomó para disparar. Su espalda recibió la mordida de dos proyectiles; uno destrozó su riñón izquierdo y el otro avanzó un poco más hasta perforarle el pulmón.

El arma resbaló entre sus dedos y Ricardo se desplomó sobre el panel de mandos. La lancha quedó fuera de control hasta que los disparos recibidos bajo la línea de flotación abrieron vías de agua. No vivió lo suficiente para ver que dos patrulleras de la Guardia Civil se acercaban al lugar, alzando sus ametralladoras contra los guardacostas ingleses.

Cerco a la República. 316 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniосуarez.es>